



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL
ESTADO DE MORELOS

INSTITUTO
HCS
DE INVESTIGACIÓN
HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES



Universidad Autónoma del Estado de Morelos

Instituto de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales

Centro Interdisciplinario de Investigación en Humanidades

La figura de la locura en la novela mexicana: El caso de Nadie me verá

llorar

TESIS

para obtener el título de

LICENCIADA EN LETRAS HISPÁNICAS

Presenta

Kathy Jocabed Estrada García de Alba

Dirigida por

Mtro. Roberto Carlos Monroy Álvarez

Cuernavaca, Morelos, Febrero 2022

Agradecimientos

A mis padres, por todo el amor y apoyo que me han brindado en mi crecimiento académico, profesional y personal.

A mis hermanos porque con su ejemplo me han enseñado a no rendirme en cualquier circunstancia de la vida. Saben lo difícil que es ser foráneo. A mis sobrinos por todas las risas que me sacaron cuando se ponían las cosas difíciles en mi carrera, han sido un gran motor de vida para mí.

A mis maestros que me llenaron de conocimiento y me ayudaron a crecer académicamente.

A mi asesor, por cada muestra de apoyo que me brindó a lo largo de toda la carrera, por la paciencia que tuvo en el proceso de realización de la tesis.

A mis amigos de toda la vida, porque siempre han estado para mí en los buenos y malos momentos de todos los aspectos de mi vida.

A mis compañeros y amigos locales, por la calidez que me brindaron dentro y fuera de las aulas, gracias por todo el apoyo, la paciencia y el amor que me siguen brindando.

A Dios y a la vida, porque sin él no tendría la fortaleza de salir adelante personal y profesionalmente.

Índice

Introducción

1. La locura como figura en el psicoanálisis y la literatura

1.1 La locura como figura del discurso

1.2 La locura en la literatura

2. La sociedad mexicana en la época del Porfiriato

2.1 La higiene de la sociedad mexicana

2.1.2 La salud mental de la sociedad mexicana

2.1.3 La prostitución como enfermedad mental/locura

2.1.4 El Manicomio La Castañeda

3. La locura en *Nadie me verá llorar*

3.1 Internos del manicomio

3.2 La locura de Matilda desde el psicoanálisis

3.3 La locura de Matilda desde la sociedad mexicana

3.3.1 La prostitución de Matilda como enfermedad y locura

3.3.2 Matilda en el Manicomio La Castañeda

Conclusiones

Bibliografía

INTRODUCCIÓN

Nadie me verá llorar es una novela escrita por Cristina Rivera Garza en la que nos cuenta sobre un fotógrafo de burdeles y después de manicomios (Joaquín Buitrago) que se obsesiona con una interna del Manicomio La Castañeda (Matilda Burgos) tras haberla fotografiado anteriormente en un burdel, por lo que quiere saber la historia de su vida para descubrir cómo llegó al manicomio.

Esta novela está escrita bajo el contexto del auge del Manicomio La Castañeda, un manicomio que existió durante la etapa final del porfiriato y el cual fue habitado por personas que no creían o no pudieron adaptarse al pensamiento positivista que adoptó dicha época y fueron excluidas o etiquetadas de locas. Por lo tanto, es una novela que ficla realidad de las personas que no fueron beneficiadas por la política de la época, principalmente de las mujeres, pues determinadas circunstancias históricas dentro de la vida de Matilda Burgos como su condición de inmigrante, de pobre, de mujer, le asignan la etiqueta de “loca”, padeciendo las exclusiones y violencias propias de los internos del manicomio, desde los discursos del psicoanálisis, la locura en la literatura (principalmente latinoamericana), y la ideología de la higiene en la época porfirista. Así, la autora demuestra que muchas personas (en especial las mujeres) del manicomio no estaban locas, si no que no seguían las reglas que estaban establecidas por los degeneracionistas, positivistas e higienistas.

Para demostrar lo mencionado anteriormente Cristina Rivera Garza hizo una rigurosa investigación sobre la época del porfiriato, pues estudió sociología en la FES Acatlán de la UNAM y la maestría y el doctorado en Historia Latinoamericana en la Universidad de

Houston.¹ Su novela triplemente premiada está basada en su tesis doctoral *The Masters of the Streets. Bodies, Power and Modernity in Mexico, 1876-1930*, en donde brinda datos históricos sobre el mundo de las calles, el manicomio y otras instituciones de control social en el México porfiriano y en los albores de la post-revolución. También está basada en expedientes clínicos, documentos oficiales, diarios y cartas de asilados del Manicomio General la Castañeda. Por lo tanto, la novela es una escritura de personales reales que pasaron por un proceso de ficcionalización.

El presente trabajo es un análisis de la novela *Nadie me verá llorar*, en donde analizaremos la locura en la novela y en la época del porfiriato, es decir, a través de esta novela veremos el concepto de locura bajo los discursos del degeneracionismo, el positivismo, el psicoanálisis y la higiene mental que se tenía en la época del porfiriato. Cabe mencionar que este trabajo no trata de ser completamente histórico, sino un análisis del discurso centrado en la escritura de Rivera Garza como revés crítico de la higiene como ideología. En este sentido, retomamos una metodología genealógica que relaciona la historia con la reflexión crítica para analizar la aparición de discursos y las relaciones de poder que estas permiten.

¹ Cristina Rivera Garza ha sido profesora en la UNAM, la UAEMex, la San Diego State University, la Universidad de Pauw, Indiana y el ITESM, campus Toluca, donde también es codirectora de la Cátedra de Humanidades. En 1984 fue becaria en narrativa del CME; en 1994 del FONCA en novela y en 1999 en poesía; así como del Centro de Estudios México-Estados Unidos en 1998. Ha tenido importantes premios como el Concurso de Poesía Punto Partida 1984 por *Apuntes*. Premio Nacional de Cuento San Luis Potosí 1987 por *La guerra no importa*. Su novela *Nadie me verá llorar* obtuvo el Premio Nacional de Novela José Rubén Romero 1997, el premio Sor Juana Inés de la Cruz 1997 y el Premio IMPAC-CONARTE-ITESM 2000; fue finalista del Premio Nacional IMPAC Dublín. Ha recibido el Premio Nacional Juan Vicente Melo 2001 por *Ningún reloj cuenta esto*. Premio Sor Juana Inés de la Cruz 2009 por *La muerte me da*. Premio Excelencia en las Letras José Emilio Pacheco 2017 otorgado por la UADY, UC Mexicanistas y la FILEY. Su obra aparece en la antología *Tsunami* (Sexto piso, 2018).

Para hacer dicho análisis nos basaremos principalmente en Foucault, pues la novela y el porfiriato se relacionan con sus textos relacionados con la sexualidad, el control del discurso y el poder de las instituciones sobre la sociedad. También citaremos a Cristina Rivera Garza en su texto *La Castañeda. Narrativas dolientes desde el Manicomio General*, al cual nos referimos arriba.

Este análisis tiene por objetivo demostrar que la discursividad de la época del porfiriato fue beneficiosa para la élite de la clase alta. Esto lo veremos en la escritura de Rivera Garza centrada en figuras que fueron excluidas en esta época, principalmente las de escasos recursos, y para ser más específicos las mujeres. El texto de Rivera Garza también nos permite visibilizar que muchas personas que estaban en el *Manicomio General La Castañeda* no padecían de lo que podría denominarse una locura científica, sino moral, pues no pudieron o no quisieron seguir la ideología higienista, por lo que eran catalogadas como locas, histéricas, esquizofrénicas sin fundamentos verdaderos. De esta manera se demostrará que este manicomio fue el reflejo de una época llena de prejuicios y excluyente de la otredad, es decir, en esta época fueron más notorias las figuras de exclusión.

Capítulo I: La locura como figura en el psicoanálisis y la literatura

La locura es un concepto histórico construido a lo largo del tiempo, principalmente a partir del siglo XIX, momento en que el capitalismo comenzó a ser dominante en el mundo y se empezaron a construir políticas morales e institucionales para controlar a la sociedad. Paralelo a ese proceso, comenzaron a surgir discursos que crearon conceptos e ideales de lo que era correcto o incorrecto, moral o inmoral, legal o ilegal. De esta manera se crearon normas que la sociedad tenía que seguir y que, si no las aplicaban, era mal visto, por lo que las personas que se resistían a seguirlas tenían un castigo o eran objeto de determinadas marginalidades. Así fue como se construyeron las figuras de exclusión, las cuales han sido históricamente silenciadas al grado que en la actualidad siguen luchando por ser escuchadas, una de ellas es la locura femenina.

En este capítulo analizaremos el concepto de la locura como figura del discurso; se demostrará cómo este concepto ha evolucionado, siguiendo una lectura foucaultiana, pasado de ser una representación de lo excluido a lo escuchado, además de analizar la intervención de la literatura en este proceso. Para lograr el objetivo primero analizaremos cómo es que a través de las instituciones creadas por el capitalismo se produjo un concepto de la locura en la época moderna, y cómo éste se convierte en una figura de exclusión. Finalmente mencionaremos cómo estos discursos han sido utilizados en la literatura como un medio para contradecir y romper con los conceptos establecidos para hacer un concepto que representa la otredad de los discursos dominantes. Sobra decir que este análisis lo haremos bajo el contexto de la novela *Nadie me verá llorar* de Cristina Rivera Garza, pues en el tercer capítulo aplicaremos la teoría de este capítulo a la novela.

1.1 La locura como figura del discurso

La palabra tiene un valor muy importante en las relaciones sociales, ya que sin ella no se hubieran formado los discursos que existen en las diferentes disciplinas actuales. Foucault explica esto en su texto *Las palabras y las cosas*, en donde hace un análisis de un texto de Borges, el cual, en una hipotética enciclopedia china², realiza una mezcla de palabras con conceptos reales y ficticios. Dicho análisis dice que Borges arruina el lenguaje común, pues al meter conceptos como “sirenas”, o “que se agitan como locos”, o “dibujados con un pincel finísimo de pelo de camello” en un mismo grupo, se pierde la coherencia, lo común, pues

La taxonomía que propone nos conduce a un pensamiento sin espacio, a palabras y categorías sin fuego ni lugar, que reposan, empero, en el fondo sobre un espacio solemne, sobrecargado de figuras complejas, de caminos embrollados, de sitios extraños, de pasajes secretos y de comunicaciones imprevistas (Foucault, *Las palabras* 4).

Así, surge una oposición a este pensamiento que da lugar a los conceptos semejantes y diferentes y que busca el ordenamiento de las cosas y que todo tenga nombre y lugar. Foucault dice que “nada hay más vacilante, nada más empírico (cuando menos en apariencia) que la instauración de un orden de las cosas; nada exige una mirada más alerta, un lenguaje más fiel y mejor modulado; nada exige con mayor insistencia que no nos dejemos llevar por la proliferación de cualidades y de formas” (Foucault, *Las palabras* 5), es decir, para poner un orden a las cosas, es necesario realizar operaciones precisas y procesos metódicos en los que se establezcan los conceptos. Así es como se hacen los códigos de cultura, en donde se

² En "El idioma analítico de John Wilkins", *Otras inquisiciones*

establece el lenguaje, y a su vez los discursos, los cuales llevan a los conceptos, las ideologías, las formas de pensar que deben seguir los integrantes de la sociedad.

Esta misma idea se profundiza en el texto de Foucault *El orden del discurso*, en donde dice que en las personas existe un “deseo de no tener que empezar, un deseo semejante de encontrarse, ya desde el comienzo del juego, al otro lado del discurso, sin haber tenido que considerar desde el exterior cuánto podía tener de singular, de temible, incluso quizá de maléfico” (Foucault, *El orden* 12). Como respuesta a este deseo, son las instituciones las que actúan imponiéndoles reglas que tienen que seguir por medio de discursos, con el objetivo de adquirir un lugar de poder y así se adueñan y dominan a la sociedad. Estos discursos son producto de una producción controlada, seleccionada y retribuida por ciertos procedimientos que a su vez imponen sus poderes y peligros que pueden llevar a la normalización de la exclusión, ya que pueden surgir prohibiciones y no todas las personas siguen estas reglas ni se comportan como dicen, creando luchas de poder. Así se crean las oposiciones, en este caso los discursos del cuerdo/ loco.

En cuanto a éste último, Foucault explica que desde la Edad Media, pero con importantes cambios dados por los movimientos epistémicos, el discurso del loco no puede ser escuchado como el de los otros, pues “llega a suceder que su palabra es considerada nula y sin valor, que no contiene ni verdad ni importancia, que no puede testimoniar ante la justicia, no puede autenticar una partida o un contrato” (Foucault, *El orden* 16). A los médicos no les interesaba saber lo que el loco decía o quería dar a entender, solo se tomaba en cuenta su palabra simbólicamente.

Sin embargo, la figura del loco también era considerada como una persona que podía enunciar la verdad oculta, tenía el poder de “predecir el porvenir, el de ver en su plena ingenuidad lo que la sabiduría de los otros no puede percibir” (Foucault, *El orden* 16). En el

caso de la novela *Nadie me verá llorar*, entre otros personajes, Matilda es considerada como loca, por lo que, de acuerdo a Foucault, ella podría enunciar un tipo de discursividad de la época porfirista; podía hablar por los marginados, los que no estaban de acuerdo o no cumplían con el discurso de aquella época, sin embargo, también representaba una cierta subjetividad excluida del orden del discurso político, social, histórico, esto es, del saber hegemónico.

Así, a pesar de que de cierta manera se le daba la razón al loco, éste sigue siendo una figura excluida, ya que no piensa como los demás. Los ejercicios de poder contruidos a partir de esta figura no viene solo de los campos más desnudos de poder, sino, como lo muestra Foucault, de una articulada estructura discursiva de un saber específico. La construcción de los locos, trataremos de exponer, viene de un momento, tal vez no tan lejano, en que los saberes científicos produjeron y excluyeron esta figura en específico.

Lo mencionado lleva a la oposición entre el discurso verdadero y el discurso falso; el verdadero es aquel que tiene la razón, el que todos son capaces de entender y seguir, mientras que el discurso falso es el del loco, pues, al ser discurso del otro, no todos lo comprenden y no es verdaderamente escuchado ni tomado en cuenta como una verdad. En este sentido, podemos decir que tanto la otredad como la falsedad se ven como construcciones históricas y provenientes de determinadas instancias institucionales.

Complementando lo anterior, en el texto *Fedro*, de Platón, Sócrates tiene una conversación con Fedro, en donde mencionan que las instituciones (principalmente políticas) escriben discursos para persuadir a la población de lo que es correcto y lo que no sin importar si lo que dicen es verdadero o falso

A quien va a ser orador no le es necesario aprender lo que es justo en realidad, sino lo que podría parecerlo a la multitud, que es precisamente quien va a juzgar; ni

tampoco las cosas que son en realidad buenas o malas, sino aquellas que lo han de parecer. Pues de estas verosimilitudes procede la persuasión y no de la verdad (*Fedro* 250).

Por lo tanto, los discursos “verdaderos”, que muchas veces recurren a la retórica para lograr una mejor persuasión social, están hechos para la operatividad de las instituciones y de cierta preocupación de la sociedad.

Cabe mencionar que estos discursos pueden ser vistos desde diferentes perspectivas, pues, en el caso de *Nadie me verá llorar*, como exponíamos en la introducción de esta tesis, al ponerle la etiqueta de loca a Matilda, su discurso se convierte en falso. Sin embargo, al representar a los excluidos y a los que no tienen voz, puede ser escuchado y tomado en cuenta, por lo que es un discurso que se oponía a los regímenes ya establecidos. En la novela, nos aventuramos a proponer, existe una lucha discursiva entre la verdad institucional y estos otros saberes sometidos³.

Como mencionamos anteriormente, las instituciones son las que imponen los discursos, estas se derivan de las diferentes disciplinas que existen, ya que son un principio de control de la producción del discurso, pues ellas les fijan “sus límites por el juego de una identidad que tiene la forma de una reactualización permanente de las reglas” (Foucault, *El orden* 38), es decir, el discurso es aceptado en la disciplina únicamente si cumple con sus normas y si ésta ve que está cualificado para hacerlo.

Así, la locura se puede analizar desde diferentes disciplinas, las que analizaremos serán desde el punto de vista del psicoanálisis y de la sociedad en la época del porfiriato;

³ Entiéndase estos como lo hace Foucault en el curso del 7 de 1977, recogido en *Defender la sociedad*.

destacaré cómo es que la novela *Nadie me verá llorar* se adjudicó los discursos de este periodo y se crearon etiquetas hacia los personajes, principalmente a Matilda Burgos.

Algo que es importante responder es ¿cómo es que se construye un discurso que influye en la sociedad? Erika Lindig, en el libro *Figuras del discurso. Exclusión, filosofía y política*, se basa en la teoría de Nietzsche para responder a esta pregunta; dice que el lenguaje es figurativo y producto de interpretaciones sensibles, por lo que se recurre a la retórica para poder tener una interpretación de las cosas. En la retórica también se utilizan figuras llamadas tropos, éstos son mediaciones de lenguaje que se establecen entre el sujeto y el objeto, por lo que el lenguaje no es natural por sí solo. Los principales tropos que utiliza el ser humano para tener una interpretación del mundo son la metáfora: la cual se presenta como una “operación en la lengua que produce relaciones entre los cuerpos, una fuerza que permite la extrapolación o la traducción entre esferas heterogéneas de la experiencia (Lindig 19), es decir, la metáfora permite que las personas interpreten las cosas de manera heterogénea y así se puedan relacionar tanto con los objetos como entre los sujetos mismos. Por otro lado tenemos a la sinécdoque, esta se refiere a “la relación entre un todo y sus partes” (Lindig 19), donde según Nietzsche, se conoce solo uno o algunos rasgos característicos de un objeto o individuo y se hacen percepciones generalizables. De esta manera, “el lenguaje nunca expresa algo de modo completo, sino que exhibe solamente una señal que le parece predominante” (Lindig 19). Es decir, el lenguaje solo expresará discursos que le parezcan dominantes a la sociedad, esto no significa que expresen todo lo que quieren decir, pues solo pueden hablar superficialmente sin ir a profundidad. El último tropo es la metonimia, en donde “el lenguaje opera atribuyendo a los objetos propiedades o cualidades que son efectos de nuestra percepción” (Lindig 20), así, se realizan interpretaciones parciales que producen efectos de verdad.

De acuerdo a Nietzsche, estos tres tropos son los más importantes para poder tener una interpretación del mundo y así poder relacionarnos con él. De esta manera, el lenguaje es el que realiza el discurso y forma ideologías que se van manipulando históricamente, por lo que se realizan las etiquetas o los estereotipos que se deben realizar o seguir. Es importante señalar que esta capacidad discursiva, y que parte de la parcialidad y la subjetividad, también es la encargada de construir las llamadas figuras de exclusión. Esto lo explica mejor Erika Lindig Cisneros, pues dice:

Hemos llamado figuras de la exclusión a aquellos términos o expresiones que inventan y reproducen una interpretación específica del otro –individuo o colectividad, humano o no humano– y con ello lo colocan en posiciones de sometimiento o subordinación en las relaciones sociales. Estas figuras han sido las de la mujer, el animal, el indio –y también el indígena– el bárbaro, el salvaje, el primitivo, el negro, y otras muchas; y han sido formuladas en distintos ámbitos discursivos: en el social, en el jurídico, en el literario, en el de las humanidades y las ciencias sociales, etcétera (15).

En este caso, la figura de exclusión sería el loco; para adentrarnos en la novela, los locos serían los que no se adaptaron a las ideas porfiristas. Enfocándonos en Matilda Burgos, podemos decir que ella es la representación de la exclusión de la mujer prostituta mexicana en la época porfirista, por lo que se convierte en una loca.

Es a través de lo mencionado anteriormente como se llega al concepto de *locura*, en donde Cooper en su libro *El lenguaje de la locura* dice que “es un movimiento que sale del familiarismo y va hacia la autonomía” (21); con familiarismo se refiere a la sociedad, en donde tiene que haber hijos-ciudadanos obedientes, esto lleva a que se haga una represión si

los hijos-ciudadanos no son como los padres quieren que sean, si los hijos salen de esa represión y son desobedientes, se vuelven locos, entonces se ven en la necesidad de ser castigados: “es probable que con el psicoanálisis su destino sea el encarcelamiento psiquiátrico habitual con todos sus violentos accesorios –al menos hasta que su lenguaje – palabras y actos- sea normalmente “gramatical” – y de nuevo normalmente trivial” (Cooper 22).

Cooper propone un discurso de los locos, que más que un discurso es un lenguaje de la locura, llamado *discurso demente*, el cual es lo contrario al discurso normativo, pues este discurso está en contra de las normas sociales, en contra de las evoluciones que ha tenido la sociedad (principalmente el capitalismo), ya que el sistema está avanzando tan rápido, que se está creando la opresión, así, se le hace presión al ser humano sobre el futuro, pero éste es incierto, por lo que no sabe cómo producir lo que pide el sistema (tecnología, moral) y por eso se vuelve loco.

El significado de *locura* también se puede comprender desde la perspectiva social, pues existe una división clasista en la cual se encuentran los explotadores y los explotados, en la que las personas se encuentran atrapadas, donde “los explotadores son explotados por su propio sistema, mientras que los explotados son simplemente explotados” (Cooper 37) produciendo un ciclo. Así, se forma un proceso de revolución que lleva a la locura, y se hace notar de menor o mayor manera; en la primera mediante un cambio en la forma de vida personal (por ejemplo), en la segunda se puede notar a través de las crisis que comienzan a tener las personas, si esas crisis caen en la familia y así en el psiquiátrico, uno puede quedar atrapado en esa crisis por el resto de su vida, por lo que queda encerrado en ese círculo. De igual manera, aquellos desobedientes de las relaciones laborales, serán llamados locos.

Estas crisis convierten en víctimas a quienes determinadas instituciones ha señalado, por lo que muchas veces son encerrados en establecimientos donde piensan que se pueden recuperar, así entran en el psicoanálisis. Sin embargo, “muchas de estas víctimas preferirían una semana o dos, o tres, con otras víctimas y enfermeras prácticas en un manicomio común en el campo –donde no se estuviera a favor de la estigmatización, del proceso institucionalizador, y de interferencia de doctores que deben justificar su existencia mediante el juego médico del diagnóstico, de los electrochoques y de la ‘eutanasia química’” (Cooper 39), es decir, las personas prefieren un lugar en el que puedan ser libres e identificarse con otras personas sin tener que pasar por un proceso de psicoanálisis, en el que son sometidos a prejuicios de la sociedad, y por lo general son diagnosticados con *neurosis*. Según Cooper, estas personas no están locas, solo están en contra de las normas sociales que se le han impuesto.

Además de la neurosis, históricamente el discurso del psicoanálisis ha producido otras crisis o diagnósticos, que reciben las etiquetas de *psicopáticas*, *trastornos de la personalidad*, *psicosis maniaco-depresiva*, o *esquizofrenia*, figuras que aparecen en las sociedades donde hay protestas principalmente contra la familia o contra el sistema del capitalismo. Con esto, las personas son encerradas en un manicomio y controladas mediante drogas de larga acción; estas personas por lo general tienen trastornos cerebrales orgánicos, resultado de lesiones cerebrales, que además de ser problemas que se pueden explicar a través de la ciencia sin tener que acudir al psicoanálisis, –es decir, son problemas médicos– se pueden explicar a través del contexto político, ya que la recuperación social es sumamente importante.

Con esto, las personas que son consideradas como “locas” al ser encerradas en el manicomio se vuelven no-personas al entrar en las categorías de las subpoblaciones de

“mentalmente enferma” o en un “manicomio general”, los cuales son mantenidos en un margen y sirviendo al “refuerzo negativo” de la definición de lo normal. Así, se puede ver que estas personas entran en la categoría de las figuras de exclusión.

Como mostraremos más adelante, en *Nadie me verá llorar* Joaquín Buitrago y Matilda Burgos son el principal ejemplo de la locura (especialmente Matilda), y sus comportamientos son producto de diferentes discursos; así, Matilda fue encerrada en un manicomio por un discurso tanto psicoanalítico como social y político, convirtiéndose en una figura marginada y de exclusión. Esto se verá a mayor profundidad en el tercer capítulo de este trabajo.

1.2 La locura en la literatura

En la literatura la locura es un tema que está presente constantemente, tal vez por los diferentes conceptos que esta figura ha tenido a lo largo del tiempo y por las transgresiones en el lenguaje que comete, pues según Foucault, “la locura ejerce una extraña fascinación sobre todo lenguaje: hay literaturas sin amor, sin trabajo, sin miseria, algunas incluso sin guerra, pero no hay ninguna sin locura y muerte. Como si la literatura estuviera vinculada, en general, a lo que constituye la locura y la muerte” (Foucault, *La literatura* 94). La locura en la literatura ha pasado por varias etapas; desde ser un discurso sin sentido hasta ser uno en donde se encuentra la razón, lo que se calla, donde se muestra la otra cara de los discursos que dominan a la sociedad, pues muchas veces comunica cosas imposibles y “cruza límites que normalmente son infranqueables” (Foucault, *La literatura* 97).

En la literatura existen diferentes tipos de narrativas que han expuesto discursos de locos; cuentos, novelas, poemas, obras teatrales. No nos olvidemos de Don Quijote, en donde

se nos da una visión diferente del mundo y la sociedad, así comienzan a existir más textos que nos hacen reflexionar sobre nuestras visiones y perspectivas, se nos enseña que hay más allá de la razón, de un solo discurso. Las obras clásicas como esta, nos muestran que “mientras el hombre razonable no percibe sino figuras fragmentarias, el loco abarca toda una esfera intacta: esa bola de cristal que para todos está vacía, a sus ojos está llena de un espeso e invisible saber” (Sánchez 42). Así, la locura se convierte en un espejo en el cual se refleja la razón y sin razón, y se crean textos en donde la cordura y la locura se alimentan mutuamente.

De esta manera, Foucault en el texto *La literatura y la locura* dice que la literatura está emparentada con el esoterismo, pues ésta explica lo que se esconde, lo que está debajo, lo que es imperceptiblemente visible, y lo hace principalmente a través de la locura, pues para el cuerdo o civilizado todos los discursos en los que se usa la imaginación, en los que se sale de la realidad o de lo verdadero son considerados pertenecientes a la locura.

En la medida en que la literatura se pone a prueba como peligro absoluto en el que la lengua corre el riesgo de perecer, la locura continúa siendo su imagen:

La literatura funciona como tecnología del imaginario colectivo, surge de un habla histórica, participa en la lucha ideológica por el sentido, y tiene al mismo tiempo el poder de crear representaciones, imágenes, valores, que la lógica narrativa de los argumentos es capaz de naturalizar, hacer aparecer como no-construidos (Navia 43).

Es decir, la literatura puede hacer que se hable por un colectivo marginado histórico y así se crean argumentos y discursos que estaban debajo del discurso superficial.

En el caso de la novela, bajo el contexto de los discursos porfiristas y del psicoanálisis, la vida de Matilda y su discursos son esotéricos y pasan a ser un discurso sin sentido a uno

de razón, pues hablan por un colectivo marginado histórico, dicen lo que los discursos mencionados anteriormente excluyen o juzgan, hablan una realidad diferente, una realidad que en esa época no era tomada como buena, limpia, o correcta. Esto lo explicaremos mejor en el tercer capítulo de este trabajo.

En el caso concreto de la literatura latinoamericana, es interesante que esta ha tenido límites y realidades de un mundo que no está bajo el control de su propia tradición, pues se ha construido de acuerdo a diferentes puntos de vista, como los *Diarios de Colón* o las *Cartas de Cortés*, en donde se realizan narraciones de un mundo fuera de la realidad, todo es peligroso y oscuro. De acuerdo a Navia, en las narrativas coloniales y del siglo XIX nos encontramos contrastes literarios entre el sujeto cuerdo y ajustado que sube socialmente a una escala reconocida y deseada, y los otros, quienes rondan la peligrosidad, la locura o la maldad, de esta manera, “el desequilibrio mental se convierte, además, en algo que se acerca peligrosamente a las mentes de poetas, artistas, escritores” (Navia 87), así como a sus personajes.

En cuanto al tema de la locura, de acuerdo a Navia, hacia mediados del siglo XIX se comienza a hablar formalmente de los locos y las locas en el sur del continente, al igual que se inician las propuestas de tratamientos y sanación, así comienzan a surgir los hospitales psiquiátricos para poder controlar a la sociedad. Paralelamente a esto, se empieza a buscar representaciones de esta condición; de este modo, las mujeres que comienzan a romper las reglas de la sociedad se convierten en histéricas débiles, y locas. Un ejemplo de esto es la locura a través de la sexualidad y la prostitución, pues “la acusación de ser loca se convierte en una amenaza para la mujer que, en la búsqueda de nuevos espacios, muchas veces es arrojada a los márgenes. La literatura finisecular da cuenta repetidamente de la imagen de la prostituta como alguien que no encuentra su lugar social” (Navia 84).

Es en el siglo XX cuando la relación entre literatura y locura se hace más estrecha. Las vanguardias artísticas y el surrealismo contribuyen a esto, pues se desarrolla la búsqueda de liberación del inconsciente y de escucha y la validación de otros lenguajes. Así es como el concepto de loco se utiliza para transmitir mensajes de un mundo en descomposición, pues “el advenimiento del movimiento posmodernista en América Latina con técnicas narrativas basadas en la fragmentación, rupturas temporales y espaciales, el pastiche y la metaficción, se identifican con las estrategias discursivas asociadas con el lenguaje de la locura y el delirio” (Sánchez 43).

Elvira Sánchez, quien hace un análisis de la literatura latinoamericana femenina, cita a Nelly Richard y dice que uno de los movimientos que más aprovechó el posmodernismo fue el feminista, pues aquí se realiza una des-jerarquización de las ideas de centro e imagen, además se resaltan los conceptos opuestos: canónico-anticanónico, dominante-minoritario, hegemónico-subalterno que están basados en la visión eurocéntrica y falocéntrica. Así se comienza a luchar por romper con las ideas patriarcales, pues, debido a que “la mujer es estructural y políticamente inscrita en las marcas de ausencia y margen, ha convertido al feminismo latinoamericano en paradigma del discurso político del posmodernismo” (Sánchez 43).

De esta manera, la literatura latinoamericana femenina muestra vital importancia en cuanto al tema de la locura (principalmente literatura escrita por mujeres que hablan sobre dicho tema), pues “las narradoras se enfrentan ya directamente con esta realidad, se detienen en ella y profundizan en las circunstancias que la rodean, en sus causas, consecuencias y encierros. Se abre así un amplio panorama de distintas protagonistas que van a mostrar caminos múltiples de razones y sin razones” (Navia 45). Es decir, las narradoras se enfrentan a una realidad en la que surge los conceptos de neurosis, esquizofrenia, loco, que se le

adjudican principalmente a la mujer debido a diversos contextos y circunstancias que la llevaron a no comportarse como la sociedad lo establecía. Así, se puede observar que son los discursos provenientes de instituciones los que establecen quienes deben ser encerradas, alejadas, apartadas de la sociedad, o curadas.

De acuerdo a Marcela Lagarde, en la literatura latinoamericana (que refleja una específica realidad), las mujeres se vuelven locas “de maneras específicas en determinadas circunstancias”, pues “los manicomios están plenos de mujeres enloquecidas culturalmente. Mujeres que fueron poco a poco vueltas locas. Todo y todos contribuyen con significaciones diferentes en este proceso, pero son las propias mujeres quienes desarrollan en sí mismas los códigos específicos de la locura” (citada en Navia 54). Es decir, las mujeres fueron víctimas de contextos que las hicieron que tuvieran un comportamiento diferente al de las personas y los hombres normales, por lo que se les puso la etiqueta de locas.

Entre las principales autoras de Latinoamérica que hablan sobre este tema se encuentran Cristina Peri Rossi (Uruguay), Alba Lucía Angel, Fanny Buitrago y Laura Restrepo (Colombia), Diamela Eltit (Chile), Luisa Valenzuela (Argentina), Clarice Lispector (Brasil), Carmen Boullosa y Cristina Rivera Garza (México), esta última es en quien nos enfocamos en el presente trabajo.

En cuanto a la novela *Nadie me verá llorar*, de Cristina Rivera Garza, poniéndola bajo contexto de lo mencionado en los párrafos anteriores, tanto la autora como la protagonista se enfrentan a la relación de poder; Matilda al ser quien cuenta una verdad histórica y Rivera Garza, quien evidenció las relaciones de poder entre mujeres, sexualidad y locura. Esto se verá a profundidad en el tercer capítulo de este trabajo.

Capítulo II: La sociedad mexicana en la época del porfiriato

La novela de Cristina Rivera Garza está escrita bajo el contexto de la época del porfiriato. Con herramientas narrativas como la analepsis, la autora de *Nadie me verá llorar* va reflejando lo que ocurría en este periodo con las personas marginadas, las que no seguían el discurso de la higiene social y quienes terminaban encerradas en el Manicomio La Castañeda. Para hacer este trabajo narrativo, la autora basó su novela en documentos oficiales, expedientes clínicos, diarios y cartas de aislados del Manicomio General comúnmente conocido como La Castañeda, los cuales se encuentran en el Archivo Histórico de la Secretaría de Salubridad y Asistencia en la Ciudad de México.

Para este capítulo mencionaremos a profundidad los elementos que dan contexto a la novela: el discurso del porfiriato, la locura en el manicomio de La Castañeda, la higiene de la sociedad, la salud mental, el degeneracionismo, la prostitución como enfermedad mental, la institución del manicomio de La Castañeda. Todo bajo el contexto del discurso del porfiriato en México. Esto lo haremos con la finalidad de demostrar cómo es que la autora de la novela se preocupó por reconstruir una historia subalterna de los marginados en la época del porfiriato a través de Matilda Burgos (principalmente), Joaquín Buitrago y los internos del manicomio, de lo cual haremos el respectivo análisis en el tercer capítulo de este trabajo.

Para hacer el profundo análisis, es importante explicar en qué consiste el porfiriato. Los historiadores suelen llamar porfiriato al periodo en el que predominó en México la figura del general Porfirio Díaz, el cual se calcula fue de 1876 a 1911, “aunque estimamos que sus pródromos se perciben desde 1867 y sus efectos se prolongan –por lo menos– hasta 1915” (Orozco 10).

En ese lapso de tiempo, Porfirio Díaz intentó solucionar los problemas del país mediante la conciliación de “intereses con las diferentes fracciones religiosas católicas, políticas y económicas que permitieron el crecimiento de la República. También se establecieron las bases de la modernización e industrialización” (Frías 4). Al inicio de su mandato, Díaz estaba logrando encontrar un equilibrio en la estabilización del país, principalmente en la capital, ya que impulsó la expansión de ferrocarriles y el telégrafo; fundó como respaldo económico el primer Banco Nacional; se crearon empresas, puertos, puentes, carriles de navegación; permitió que llegaran inversionistas extranjeros a invertir en minas, ferrocarriles. Además, se impulsaron las ramas de la minería y la industria textil, los transportes, el comercio, la agricultura, ganadería. Y, para que el país tuviera un mejor desarrollo, Díaz se preocupó por otras áreas, entre ellas las de la educación, la higiene, la moral, la salud física y la “salud mental”. En este capítulo nos enfocaremos en la relación de este último listado.

En cuanto a la educación, para comenzar la revisión, ésta recibe influencia de la escuela filosófica francesa encabezada por Augusto Comte, llamada positivismo. Esta corriente establecía que “solo la observación empírica de los fenómenos, resultaría en la formulación de leyes claras y objetivas para explicar el mundo. Y únicamente a partir de leyes como estas, los hombres encontrarían el camino para trazar las normas de una vida común” (Frías 13). En México, Gabino Barreda, promotor de la Escuela Nacional preparatoria, toma esta escuela positivista para impulsar la cultura y las artes a través del renacimiento de la pintura, la escultura, la música y la arquitectura bajo el lema “Orden y Progreso”. También se funda la Universidad Nacional Autónoma de México durante los festejos del Centenario de la Independencia en el año de 1910.

Como se observa, es a finales de la época del porfiriato cuando se implementa la escuela positivista. En este momento es el final de Porfirio Díaz, pues el equilibrio que había logrado en el país comenzó a desestabilizarse; Frías menciona que las instituciones creadas durante el porfiriato tuvieron una evolución efímera por la ambición de los funcionarios y, junto a la falta de sensibilidad de los grupos de poder, las presiones económicas del extranjero y de la iglesia católica con un apoderamiento de la educación, impidieron una mayor y mejor distribución de la riqueza, con un incremento gradual de la inconformidad de los débiles, es decir, de los marginados (pobres, mujeres, niños).

Esto provocó que los marginados no siguieran el pensamiento positivista y comenzaran a rebelarse, haciendo movimientos sociales que expresaran inconformidad, como huelgas laborales o movimientos anarquistas, en donde los obreros fueron silenciados por armas. Fue así como incrementó el número de personas encerradas en instituciones (principalmente en prisiones que más tarde se convertirían en un hospital psiquiátrico).

Haremos un análisis más profundo de la relación de la educación y pensamiento positivista con los marginados, los locos y, sobre todo con el Manicomio La Castañeda, ya que la novela por analizar está basada en esta institución. Para esto, también nos apoyaremos en teorías como el degeneracionismo y la idea de la higiene, la cual pasó de ser física a mental.

Hablar de higiene mental en la sociedad mexicana durante la época del porfiriato implica muchos contextos, ya que a partir de distintas teorías se buscaba limpiar a la sociedad física y moralmente. Como mencionamos anteriormente, el positivismo fue la escuela más influyente en la higiene moral y mental, pues Díaz se basó en sistemas europeos para reformar al país, y esta corriente tuvo una relevancia significativa en el ámbito intelectual europeo, como en Francia, país en el que Díaz se inspiró para transformar a México.

Augusto Comte fue quien desarrolló el sistema positivista, el cual llegó a México gracias a Gabino Barreda, quien fue alumno de Comte. Durante el gobierno de Benito Juárez, en México, Barreda dictaba conferencias al estilo de su maestro, es decir, “haciendo una interpretación positivista a la historia mexicana” (Soberanes 33). De acuerdo a Soberanes, las circunstancias en México eran propicias para que intelectuales como Barreda comenzaran a formular un proyecto de nación que tenía una visión triunfante para emprender la vía del progreso hacia el positivismo, ya que el país se encontraba en un contexto en el que las fuerzas invasoras francesas y el emperador Maximiliano habían sido derrotados en Querétaro.

Barreda aseguraba que la historia de México había sido la evolución de un espíritu liberal, por lo que se basó en el concepto de libertad para poder aplicar el positivismo, pero no se refería a aquella libertad en la que todos hacen lo que quieren; él cree que la libertad es que todos sigan de manera natural las leyes que los determinan, de esta manera, Barreda modifica el lema de Comte “amor, orden y progreso” por “libertad, orden y progreso”.

Así fue como en la época del porfiriato los seguidores de Barreda que eran de México formaron una escuela de pensamiento, en donde proponían hacer énfasis en el concepto de orden, pues

Querían establecer un nuevo orden mexicano, pero no se llamaban a sí mismos liberales en estricto sentido, sino más bien conservadores-liberales, ya que proponían tomar elementos de ambos grupos políticos. No pretendían volver al tipo de dominación de la colonia, pero al mismo tiempo no querían que el país se viera inmerso en la anarquía que vivió durante medio siglo antes, así que creían que establecer una noción de orden era fundamental (Soberanes 35).

Para establecer este nuevo orden, estos pensadores estaban convencidos de que era importante lograr la madurez intelectual del pueblo mexicano a través de una “dictadura honrada”, la cual era la de Porfirio Díaz y sería consolidada bajo la idea de amor como principio, el orden como base y el progreso como fin. Leopoldo Zea explica mejor esto mencionando que las libertades son inútiles en países materialmente atrasados, se necesita un adelanto material del país, una vez logrado esto, la libertad se dará por naturalidad.

Como se puede ver, es aquí en donde se comienza a buscar las formas en las que el mexicano sea “libre” bajo las condiciones políticas que los intelectuales propondrían, por lo que se da inicio a buscar el control de la sociedad; lo que explicamos con Foucault en el capítulo anterior.

Este control de la sociedad puede disfrazarse del término “moral positiva”, la cual se establecería bajo una religión formada por la ciencia profana y la ciencia sagrada, Comte lo explica mencionando que: “Una vez que la ciencia profana (astronomía, física, química, biología) haya estudiado el conocimiento del medio, la ciencia sagrada (la sociología) emprende el estudio del alma en su existencia colectiva, cuyo superior criterio lo da la moral” (citado en Soberanes 46). De esta manera, se coordinan los actos y se sistematizan los sentimientos, así la colectividad se vuelve una unidad y todas las personas seguirían un pensamiento y actuarían de la misma manera.

Como se observa, el positivismo implicaba que las ciencias se unieran para hacer un equilibrio y poder así ordenar a la sociedad, es así como los doctores que iban a estudiar a otros países traían conocimientos de cómo reformar y controlar a la sociedad a través de la ciencia, de esta manera se comenzó a establecer lo que es la higiene, la cual abarcaría diferentes áreas, en la que nosotros nos enfocaremos es en la mental y en la moral.

2.1 La higiene de la sociedad mexicana

Durante la época del porfiriato se realizaron varios congresos internacionales, como el Congreso Internacional de Higiene, en París, en donde los participantes se cuestionaron sobre los problemas higiénicos más profundos y las estrategias que debían implementar para detenerlos, esto fue muy importante para México, pues de aquí los médicos quisieron tomar medidas para tener una mejor higiene en la sociedad mexicana, ya que había distintas epidemias en el país y se creía que si se implementaba una mejor higiene la salud de la población mejoraría. En este tiempo, en México por primera vez se tenía una autoridad sanitaria nacional, con médicos que habían adquirido conocimientos en Europa para prevención de epidemias. Fue el médico José Lobato quien se dedicó a enseñar y promover la higiene en México; primero era un proyecto geográfico con características medioambientales en el país, pero posteriormente se expandió en la higiene del cuerpo y la mente. Fue así como durante el porfiriato “la higiene se escribió sobre el cuerpo y la mente, generando prácticas excluyentes que iban desde la limpieza de las uñas, de la lengua o del cabello hasta el uso moderado de las emociones, pensamientos y sentimientos” (Olivier 18).

Esto suena como algo positivo en la población, sin embargo, se convierte en un problema cuando las prácticas son dictadas por un cierto grupo de poder que busca que toda la población tome estas medidas cuando no todos los ciudadanos pueden/quieren cumplirlas, es decir, las medidas de sanidad se realizan desde el discurso del privilegio y enfocadas a un control social. Esto fomenta que comience a surgir un discurso fundado en determinadas oposiciones binarias que organizaba la lógica de la higiene: el hombre y el animal, el ciudadano y el salvaje, el civilizado y el primitivo, el normal y el anormal o el cuerdo y el loco, formándose así determinadas e históricas figuras de exclusión. Esto lo explica mejor

Carlos Olivier Toledo, quien dice que la institución de miradas, olores, sabores, tactos, vestidos, afectos o formas de ser modernas son una escritura conquistadora (y controladora), pues el Estado es el conquistador que escribió en el cuerpo del otro, trazándole una tradición que al final se naturalizó y que incluso actualmente se sigue viendo este control, principalmente en la mujer.

Los hábitos de higiene se comenzaron a formular dos años después de haber iniciado la dictadura de Porfirio Díaz con el Congreso Internacional de Higiene. De acuerdo a Olivier Toledo, en este congreso se tocaron temas como:

1.- La contaminación de las aguas: en donde se mencionó que los ríos vivían serios problemas de infección y que incluso llegaban a la contaminación de alimentos, por eso las personas desarrollaban enfermedades que se convertían en epidemias, como la cólera.

2.- La profilaxia de las enfermedades contagiosas: se reflexionó sobre el impacto de las enfermedades transmisibles en la humanidad y la manera de detenerlas, recurriendo al método del aislamiento de los enfermos atacados de esas afecciones, se buscaba que esta norma se cumpliera tanto en hospitales como en los hogares. Los higienistas consideraban que solo de esta manera se cumpliría la verdadera revolución higiénica, pues decían que “toda persona que se exponga o que exponga a las demás al riesgo de contagio, comete un acto criminal y debe ser castigada rigurosamente” (Olivier 22). Esto es importante mencionarlo porque consideramos que podría ser el inicio del aislamiento a las personas que no se vistieran o se comportaran de la manera en que las normas eran dictadas.

3.- La mortalidad infantil: Se dijo que la mortalidad de los niños había aumentado notablemente, principalmente en los bebés. Se afirmaba que esto era consecuencia de las malas condiciones higiénicas y del abandono que sufrían los recién nacidos por parte de las madres ya que éstas se iban a trabajar a las ciudades como nodrizas. Esto ocurría no solo en

México, también en países de Europa como Francia y España. Este punto también es importante por lo último que mencionan; se relaciona con la situación de México, pues muchas personas dejaban los pueblos en donde vivían y a sus familias para irse a vivir a la ciudad y poder encontrar un trabajo “estable”, ahí era donde vivían los cambios de la modernidad y se volvían “locos”, pues había una carencia de una sólida red familiar que funcionara como apoyo cuando se presentaban dificultades que propiciaran la enfermedad mental, por lo que la población migrante era más vulnerable al encierro psiquiátrico. Esto se explica en *Nadie me verá llorar*, donde la protagonista se ve obligada a dejar su pueblo natal y migrar a la capital, y al final la tienen que encerrar en un manicomio.

Estos temas trataron de establecerse en México, sin embargo, “apenas había recursos para curar enfermos y enseñar medicina, sin tener grandes laboratorios, sin poder pagar investigadores de tiempo completo; los pocos que investigaban lo hacían generalmente con sus propios recursos y empleando sus tiempos de descanso” (Orozco 13). De esta manera, en el país se logró un avance en la medicina, pero no el suficiente para implementar medidas suficientes de prevención de enfermedades y epidemias como se esperaba, pues, comparativamente con otras naciones del mundo, México seguía teniendo altas estadísticas de mortalidad⁴.

Debido a los altos índices de mortandad que presentaba el país, en 1879 el doctor José Lobato propuso lo que llamó la *higiene sociológica*, en donde se realizó un estudio de las condiciones demográficas que rodeaban al pueblo mexicano, de esta manera se realizarían mejores métodos para la prevención de enfermedades. Entre ellos estuvieron dos, según

⁴ Desde este desfase en los logros de la medicina en el país es que nos podemos preguntar si en la psiquiatría se logró el avance necesario para definir quién realmente estaba “loco” o quién no con fundamentos científicos. Esto lo analizaremos más adelante.

Olivier, ambos iban dirigidos al cuerpo, éstos eran una propuesta terapéutica y otra profiláctica. La primera se refiere a la construcción de espacios de intervención para enfrentar a la enfermedad y establecer la salud así como diferentes técnicas, metodologías, especialistas, cirugías, pastillas, o jarabes. Por otro lado, la profilaxis se refiere a buscar la prevención, no la intervención y evitar la enfermedad. Los espacios donde se llevaba a cabo la profilaxis no eran los hospitales, si no el hogar, las calles, las escuelas o los templos, lo que se buscaba con esto era “higienizar la vida; purificar la ciudad, la sociedad, el cuerpo y su rincón más profundo: la mente” (Olivier 23). De esta manera en las instituciones (educación básica) se comenzó a implementar la higiene, pues Luis E Ruiz, uno de los mayores higienistas de la época del porfiriato decía que “basta que los maestros sean capaces de comprender toda la importancia de la higiene en la vida y que estén bien convencidos de esta importancia, para que no la olviden ni un momento y así ayudar al provecho del desarrollo moral” (Olivier 24). Esto se relaciona con lo que mencionamos anteriormente sobre la educación en el porfiriato, donde se buscaba civilizar a la gente intelectual y moralmente a través de las instituciones.

Fue así como la higiene se expandió de los espacios públicos a los espacios privados, pues en el país estaba ocurriendo una desenfrenada sobrepoblación que creían que traía consigo la baja de salarios y la mortalidad. “Así se ha llegado a establecer la vacuna obligatoria, la higiene de las habitaciones, las cuarentenas y otras muchas medidas sanitarias que atacan aparentemente el derecho individual pero que en realidad lo favorecen para el bien de todos” (Olivier 25).

En este sentido, la higiene se transformó en una ideología antes que práctica de salud, pues, como mencionamos anteriormente, el discurso no nació de la población, si no del grupo que se denominaba representante del Estado (es decir, desde el poder), así, la higiene nace

para todos, pero no es para todos, pues se centra principalmente en la urbanización del país, dejando de lado lo rural. De esta manera, el proyecto higienista se convierte en excluyente, pues son los médicos, los académicos, los políticos y los que tienen posibilidades de llevar a cabo las medidas dictadas quienes son parte de esta civilización, mientras que los marginados son los que comienzan a desorientarse, a no comportarse como deberían y por eso son llamados criminales o locos.

Una vez que la ideología higienista estaba expandida en las ciudades del país, el Consejo Superior de Salubridad organizó por primera vez en la historia de México el congreso higiénico-pedagógico, en donde se buscaba higienizar todo: “desde el tipo de letra escrita en el pizarrón, la ventilación, la forma de las salas de clase, la orientación del aula, e incluso, los modos de acomodarse en un pupitre” (Olivier 26). Esto se puede complementar con el pensamiento positivista, pues éste buscaba que se civilizara intelectualmente a la población. Ambas ideologías van encaminadas a la enseñanza y el comportamiento moral, pues para progresar se necesitaba condiciones que implicaran cumplir con reglas que las autoridades dictaban.

Fue así como comenzaron a unirse otras instituciones como las iglesias, principalmente la católica, en donde se hacen distinciones entre lo sano y lo malsano, se instituyen ritos, mitos y creencias sobre lo que debería ser la higiene. De esta manera, según Olivier, se inculcaron modos de andar, indumentarias, cuidados de la lengua, tipos de peinado, aseo de manos, número de baño por semana, formas de cepillar los dientes, modos de sentarse en público, alimentos benéficos o perjudiciales, bebidas adecuadas, formas para generar hermosura, vacunas y cortado de uñas. De este modo se da inicio a la higiene mental, pues no todas las personas podían o querían llevar a cabo esta ideología, o ni siquiera sabían de ella debido a las costumbres que tenían ellos en su pueblo, como el caso de Matilda

Burgos; no sabía cómo comportarse cuando llegó con su tío y no quería hacer lo que él le inculcaba, y si lo hacía era más por obligación que por disposición, esto se analizará con mayor profundidad en el siguiente capítulo de este trabajo.

Como se observa, la higiene y el positivismo en la época del porfiriato fueron elementos importantes en la transformación del país de una manera positiva o negativa. Sin embargo, el éxito y los efectos obtenidos de la implementación de este proyecto no fueron los que el Estado esperaba. Producto de estas tecnologías discursivas, comienza a surgir lo que mencionamos en el primer capítulo: las figuras de exclusión, los términos binarios, así como el control social que explicaba Foucault. Esto está representado en la novela de Cristina Rivera Garza, pues Matilda es quien sufre los cambios desde la perspectiva de los marginados; es quien es encerrada y aislada de la sociedad por no actuar como los demás. En el siguiente capítulo esto se explicará detenidamente.

2.1.2 La salud mental de la sociedad mexicana

En los últimos años del siglo XIX y principios del siglo XX la sociedad mexicana comenzó a tener un estilo de vida diferente al que se tenía acostumbrado debido a, entre otras cosas, la ideología de la higiene que mencioné en el apartado anterior. Esta ideología fue muy importante porque redefinió el concepto del cuerpo y los cuidados que debía tener, así como transformó las ideas sobre la mujer, el hombre, el conocimiento, el espíritu y la psique. De esta manera, se “establece un tipo de vínculo novedoso entre sujeto y Estado; porque a partir de los cuidados corporales y formas de vida propuestas por el Estado, el sujeto construirá una noción de sí que impactará la relación con su cuerpo, con las formas y modos de atenderlo,

y, por supuesto, con sus estados afectivos” (Olivier 28). Consideramos que el último punto es muy importante, pues aún en la actualidad se refleja la relación del cuerpo con los estados afectivos, principalmente con las mujeres, ya que tenemos mucha presión en el concepto de belleza y afecta las emociones, principalmente, muchas veces es por ello que “perdemos la cabeza” y requerimos tratamientos psicológicos o psiquiátricos. Esto pudo ocurrir en la época del porfiriato, donde los cambios estaban siendo radicales y las ideas de higiene relacionadas con belleza y formas de comportarse fueron mucha presión tanto para hombres como para mujeres, pues los hombres también debían comportarse de cierta manera.

Fue así como surgió la locura mental, la cual tenía diferentes formas de percibirse. De acuerdo a Olivier (29), se describía la locura como un concepto en donde el paciente tenía ilusiones de fantasmas o de cosas inexistentes que ellos afirmaban que eran reales, pero que no repercutían en moral ni en su razón, por lo que no afectaba al gobierno. Otros locos eran los intelectuales que no estaban de acuerdo con lo que establecía el Estado. Otros más eran los que tenían actitudes irremediables, pues no se les iba a hacer cambiar de opinión o tenían “falsa información” sobre las ideas higienistas y estaban aferrados a esa idea sin dejar que nadie los cambiara de opinión. Así surge el planteamiento de realizar una higiene mental en la sociedad, la cual consiste en “imaginar sus dimensiones y en proponer mecanismos de prevención. Aparece un nuevo objeto higiénico que no había sido tomado en cuenta: La higiene del neurasténico” (Olivier 29). Es por eso que para limpiar la mente, si se presentaban síntomas de desorden mental debían ser medicados, se debía cambiar las condiciones de educación escolar y familiar, así como las del trabajo y la vida privada. “Se busca que el hombre sea feliz en un mundo que le obliga a la tensión; el particular debe aprender mecanismos psicológicos para encarar un tiempo que agobia y un espacio que deprime”

(Olivier 30). De esta manera, el objetivo es prevenir el mal para modernizar al pueblo de una manera “correcta y sana” y evitar que la locura se herede a las generaciones futuras mediante la prevención del alcoholismo, la drogadicción, las desviaciones sexuales y las tendencias criminógenas.

Una teoría a la que recurrieron los médicos y que fue muy influyente e importante en la higiene mental es la del degeneracionismo –formulada por médicos franceses en la segunda mitad del siglo XIX– la cual fue utilizada para explicar algunos trastornos mentales durante dicho siglo. Esta teoría explicaba que los comportamientos negativos de las personas eran debido a una herencia marcada negativamente, por lo que los degeneracionistas consideraron que las enfermedades mentales eran incurables y solo podían ser controladas mediante medidas preventivas, cabe mencionar que lo que era considerado como enfermedades mentales era la prostitución, el alcoholismo o las toxicomanías (Urías 41).

De acuerdo a Beatriz Urías, el degeneracionismo ofreció nuevos argumentos para confirmar que la propuesta del Estado era la única instancia capaz de asumir la protección colectiva respecto a la prevención sanitaria, por lo que surgieron los conceptos de “peligros higiénicos” como el alcoholismo y las enfermedades venéreas, los cuales “requerían de la puesta en marcha de medidas en donde quedaban entrelazados fines profilácticos y propósitos de moralización social” (Urías 43). De esta manera se establecieron parámetros de normalidad en donde se pudiera identificar padecimientos físicos y comportamientos o conductas anormales. Esto lo explica mejor el historiador español Rafael Huertas (16), quien afirma que el degenerado en su calidad de enfermo mental debía ser considerado un elemento peligroso, pues contaminaba la limpia sociedad burguesa, por lo que era lícito poner en marcha mecanismos de defensa y de ataque, pues

el desarrollo social y económico obligaba a que el nuevo orden burgués llevara a los soldados al ejército, a los campesinos a los campos y a los obreros a las fábricas, Las malas condiciones –y las “diferencias” reales o provocadas– que llevaban a las clases oprimidas a la “locura” debían ser atajadas por la prevención, la curación o –en los casos más graves– el aislamiento y/o el encierro. Era preciso salvar a estos nuevos ángeles caídos que podrían resistirse –o simplemente no soportar– al nuevo dios capitalista (Urías 16).

En el caso de México, el dios que tenía el poder era el de la modernidad, pues en el porfiriato se buscaba modernizar al país. Como se observa, la corriente del degeneracionismo fue el inicio de los encierros, ya sea en las prisiones o en los hospitales.

En el año de 1895 en México se llevó a cabo el primer Concurso Científico, en este se abordaron temas como el alcoholismo, la criminalidad y los trastornos mentales desde la perspectiva del degeneracionismo, en donde se establecía que la locura tenía un origen hereditario, por lo que el médico José Olvera propuso impedir la unión matrimonial entre quienes padecían patologías psíquicas, pues esto podía tener repercusiones en cuestiones políticas y en el carácter moral. De esta manera, las ideas degeneracionistas comenzaron a difundirse en los últimos años del siglo XIX (época del contexto de la novela *Nadie me verá llorar*).

Para Rafael de Zayas Enríquez (46) el degenerado tenía facultades intelectuales disminuidas, pues no logran tener una atención sostenida y se les complica hacer análisis exactos y comparaciones rigurosas. Asimismo, sus

Facultades morales habían sido objeto de transformaciones rigurosas, pues las emociones, los afectos, la voluntad, sufren en ellos grandes perturbaciones.

Expresaban la cólera, el miedo y el terror con gran intensidad. Sus afectos sufrían cambios bruscos sin causa aparente y pasaban rápidamente del cariño al odio. Finalmente, su voluntad estaba intervenida por la aparición de deseos inmotivados y fugaces (Urías 47).

Estos cambios pueden deberse a la transición que estaba pasando el país, y por lo tanto los individuos, pues de un momento a otro se comenzó a imponer la higiene y así a producir los cambios, lo cual pudo haber generado una pérdida de identidad o la dificultad para asimilar los cambios y por eso tenían estas reacciones. Esto está relacionado con lo que mencionamos en el apartado anterior sobre la higiene del neurasténico, pues como se observa, los que eran juzgados y muchas veces encerrados eran los “intensos”, principalmente las mujeres.

Lo mencionado en el párrafo anterior se refleja en la novela que estamos por analizar, pues Matilda Burgos sufre cambios en su comportamiento: algunas veces era muy callada y otras veces estaba muy eufórica y hablaba mucho, especialmente de su pueblo natal.

Como se observa, el degeneracionismo fue una corriente muy influyente en la decisión del concepto de locura, pues propició el surgimiento de medidas extremas para evitar que la locura fuera hereditaria, como el encierro o aislamiento y la regularización de reglas para evitar que se contagiaran los comportamientos anormales, como el alcoholismo, la drogadicción o la prostitución. Esto llevó al control social, para ello, se crearon espacios en donde las personas que tuvieran estas conductas las controlaran, como los prostíbulos y los hospitales psiquiátricos, espacios que son contextos importantes en *Nadie me verá llorar*, pues la vida de Matilda se desarrolla en un prostíbulo y en el Manicomio La Castañeda.

2.1.3 La prostitución como enfermedad mental/locura

Como mencionábamos, en el porfiriato se fomentaron medidas sanitarias para evitar la propagación de enfermedades físicas que pasaron, en un desplazamiento metafórico, a la prevención de la enfermedad mental; sin embargo, por lo que vimos realmente solo se buscaba preservar a la población de la inmoralidad. Entre las enfermedades tanto físicas como morales que se buscaba prevenir o controlar era la prostitución, pues era mal vista debido al menosprecio de la sexualidad y el erotismo femenino en contraposición a la sexualidad masculina (un tema profundamente patriarcal), así como para prevenir las enfermedades venéreas, como la sífilis, la cual era muy común en esta época.

Una pregunta que es importante hacernos para responder por qué Matilda Burgos fue al manicomio después de ser prostituta es ¿por qué la prostitución era tan mal vista o quería ser tan controlada? Foucault explica esto en su texto *Historia de la sexualidad*, en donde propone una teoría que establece que en el siglo XVIII la sexualidad es cuidadosamente encerrada a la familia conyugal, pues en el espacio social como en los hogares existe un único lugar de sexualidad reconocida: la alcoba de los padres, “el resto no tiene más que esfumarse; la convivencia de las actitudes esquivas los cuerpos, la decencia de las palabras blanquea los discursos. Y el estéril, si insiste y se muestra demasiado, vira a lo anormal: recibirá la condición de tal y deberá pagar las correspondientes sanciones” (Foucault, *Historia* 9).

Lo anterior ocurre debido a que en la sociedad burguesa se explotaba sistemáticamente la fuerza de trabajo, por lo que el sexo era permitido únicamente con la función de la reproducción. De esta manera, se crea una relación de sexo y poder, pues se comenzó a tener control sexual. En este sentido, Foucault propone que la libertad sexual no se reprimió, si no que se transformó en discursos controlados por el poder, pues se dictaba

quienes hablaban de él, los lugares y puntos de vista desde donde se habla, las instituciones que incitan, almacenan y difunden lo que se dice. Como hemos mencionado anteriormente, quienes han tenido el poder y el control en la sociedad durante el siglo XVIII fueron la iglesia y los médicos, por lo que, a través de las confesiones católicas y el análisis de los comportamientos sexuales por parte de los médicos, se determinaron las etiquetas y las depravaciones sexuales, conductas que más que condenar o tolerar, “se debían dirigir, insertar en sistemas de utilidad, regular para el mayor bien de todos, hacer funcionar según un óptimo. El sexo no es cosa que solo se juzgue, es cosa que se administra” (Foucault, *Historia* 17). De esta manera, el sexo fue reglamentado mediante discursos útiles y públicos, principalmente por la medicina y más tarde la psiquiatría.

Esta teoría se puede aplicar al discurso de la higiene en México, pues debido a que se estaba buscando la civilización del país mediante una sociedad trabajadora, monógama y reproductora, encerraron a quienes ejercían su libertad sexual y los médicos crearon discursos sobre las enfermedades venéreas, principalmente la sífilis.

De acuerdo a Rosalina Estrada, para ejercer la prostitución se debía cumplir con una serie de requisitos de identificación e introspección médica (control por parte del poder, pues la autoridad decidía quién podía ejercerla y quién no). Además, crearon espacios para poder ejercer este oficio, como los burdeles, las casas de asignación, los cabarets o los hoteles, los cuales debían ser restringidos y cubiertos por cortinas que no permitieran que se viera el exterior. También se buscaba restringir el paso por la ciudad de las mujeres dedicadas a este ejercicio, sobre todo cuando salían de la casa por inspección médica; tampoco se les permitía que salieran a puertas, ventanas y balcones a provocar a quienes pasaban.

El registro de los prostíbulos contenía información íntima de las mujeres, como sus datos biográficos, sus características físicas o sus actividades. Además, tenían que sufrir una

inspección obligatoria a diferencia de sus clientes masculinos; ellos eran exentos de toda inspección, a pesar de que los médicos sabían que ellos también podían contraer enfermedades venéreas y contagiar y propagar la enfermedad. Esto demuestra que el Estado no se preocupaba por todos los ciudadanos, solo se fijaba en el bienestar de una élite patriarcal y excluía a la figura marginada de la mujer, principalmente la que decidía vivir una vida distinta a la doméstica por voluntad o por necesidad.

Si la mujer resultaba con sífilis, la enfermedad no era tratada como las enfermedades comunes; pues de acuerdo a Rosalina Estrada (22) los médicos formaban parte del secreto, del miedo del paciente y su familia de que la sociedad conociera el mal y las características que adquiere. De esta manera, las prostitutas con esta enfermedad eran encerradas en la cárcel o en hospitales con un tratamiento que no era del todo efectivo, y que muchas veces podía provocar la muerte.

Esta imposición del miedo y las medidas que se tomaban en el tratamiento de la enfermedad también era una medida de prevención de otras enfermedades venéreas, de las cuales se tomaron acciones para combatirlas al iniciarse el siglo XX. Estas preocupaciones tienen una justificación, y no era el bienestar de la población, si no la preservación de una población sana que ofreciera al país una mano de obra fuerte que permitiera nutrir a la creciente industrialización (Estrada 23).

Por estos motivos la prostitución era vista como una enfermedad mental; por los contagios de enfermedades que provocaba este oficio y porque era un comportamiento inmoral, pues las mujeres debían tener otro tipo de comportamientos para tener una sociedad civilizada, por lo tanto, una prostituta era una mujer con “desbordamientos o desviaciones sexuales” que, si adquiría alguna enfermedad venérea como la sífilis era etiquetada y mal

vista socialmente, además, era culpable de los contagios hacia las mujeres que eran de la clase alta y “decentes” y de la herencia de esta enfermedad a los hijos.

Como se observa, no hay datos médicos-psiquiátricos (alguna falla en el psique) que expresen que la prostitución era una enfermedad mental como tal, sino que le daban esa etiqueta por las consecuencias que asignaban los moralistas, como las enfermedades venéreas o el descontrol social. Además, este oficio era parte de los encierros o del aislamiento social desde su hogar –pues eran espacios alejados de la sociedad y con casi nulo permiso de salir de ahí– hasta prisiones u hospitales que más tarde se convirtieron en hospitales psiquiátricos. De esta manera, el control de la prostitución cumple la función de vigilar y castigar, así como de controlar ya que las “acciones gubernamentales en contra de la enfermedad fueron un pretexto para el presidio de las mujeres que ejercían el oficio, el escándalo fue una justificación. Se trataba de ocultar todo aquello que ‘apesta’ y dejar para los honorables y decentes ciudadanos, una urbe limpia de todo mal visual, una urbe organizada para todo placer carnal” (Estrada 25).

Esto es importante mencionarlo porque Cristina Rivera Garza toma en cuenta el papel de la prostitución para describir la marginalidad que enfrenta Matilda Burgos, quien después de que tuvo que abandonar a su familia pasó por drásticos cambios psicológicos, se introdujo al mundo de la prostitución y se volvió “loca”, después fue encerrada en un hospital psiquiátrico y ahí pasó el resto de su vida.

2.1.4 El Manicomio La Castañeda

La Ciudad de México tuvo dos importantes manicomios desde inicios del período colonial. Uno era el Hospital San Hipólito, el cual era exclusivamente para hombres, el otro era el Divino Salvador, popularmente conocido como La Canoa, el cual era para mujeres. Debido a la modernidad que estaba sufriendo México, las autoridades comenzaron a proponer un nuevo manicomio que remplazara los “oscuros e insalubres” hospitales para locos, argumentando que los hospitales existentes no tenían la suficiente ventilación y el “aire puro tenía dotes terapéuticos sobre la locura, que el ruido citadino no ayudaba a la curación, que la mezcla de pacientes con diferentes enfermedades en espacios comunes no permitía una detallada observación clínica; en resumen, era sitios en donde se podía incursionar la ciencia” (Ríos 75). En este sentido, el doctor Miguel Alvarado, quien fue considerado el más importante alienista mexicano en el siglo XIX, propuso la construcción de un nuevo hospital psiquiátrico, ya que la cantidad de locos iría en aumento constante, pues la enfermedad mental era el mal de la civilización.

De este modo, el presidente Porfirio Díaz cerró su administración con las fiestas del centenario de la Independencia. La primera de las fiestas que realizó, el primero de septiembre de 1910, fue la inauguración del Manicomio General La Castañeda. El director general de esta institución manifestaba que el manicomio era un centro estratégico para crear las mentes que el nuevo país necesitaría:

Por esta razón, los médicos, abogados, ingenieros y burócratas a cargo del proyecto veían al manicomio como una herramienta social más que individual, como una misión más que una tarea. Por esa misma razón, se percibían a sí mismos no solo

como guardianes de la salud mental de la comunidad, sino también como campeones del nuevo orden social (Rivera Garza, *Por la salud* 57).

De acuerdo a Andrés Ríos (76), para que los enfermos se pudieran curar se debía contar con una clasificación de los enfermos según los síntomas similares y a su vez, cada grupo se debía separar en pabellones autónomos. Por otro lado, se creía que para que el manicomio tuviera eficiencia debía ser construido en las afueras de la ciudad (igual que los prostíbulos), de preferencia en la ladera de una montaña para que los internos tuvieran una agradable vista y así evitar la sensación de encierro.

Para construir el nuevo manicomio fue elegida la antigua hacienda La Castañeda. La construcción constaba de 25 edificios rodeados de amplios bosques y elegantes jardines, estos edificios estaban divididos en tres hileras: en el centro estaban los generales, a la derecha los de hombres y a la izquierda los de mujeres, todos separados por amplios corredores. Estas hileras estaban divididas en diferentes secciones: el pabellón de los distinguidos, el cual recibió a personas de primera clase, y el pabellón de observación, que estaba destinado a indigentes y personas de segunda y tercera clase; una sección especial era para los drogadictos y otra era para los peligrosos, en donde se encontraban los violentos impulsivos o agitados. También eran divididos primero, de acuerdo con su status, como libres o prisioneros y después, ya fuera del manicomio, de acuerdo a su categoría, como pensionados o indigentes. La Castañeda contrató a once doctores, 30 enfermeros y enfermeras y 96 asistentes hombres para cuidar a los enfermos.

De acuerdo a Cristina Rivera Garza, los doctores que atendían a los enfermos no tenían que ser psiquiatras, pues la mayoría usaba La Castañeda para terminar una especialización en el área. Esto, junto a lo que mencionábamos en el apartado anterior de que

la medicina no logró los avances esperados, cuestiona cómo se realizaban los diagnósticos para determinar quiénes eran aptos para la sociedad y quiénes no.

Una tarea importante que tenían los doctores era la elaboración de historias clínicas de los internos, incluyendo “información acerca del pasado del paciente, su fotografía, una narración de los síntomas del interno, el diagnóstico, una descripción de la evolución de la enfermedad, el tratamiento y sus resultados y, finalmente, la fecha de salida o los resultados de la autopsia” (Rivera Garza, *Por la salud* 66). Estas historias (las cuales quedaron como evidencias) demuestran las interpretaciones comunes sobre lo que era la enfermedad mental, además, eran importantes para las autoridades, pues en ellas se registraba los defectos de la conducta y la falta de adaptación social que justificara el diagnóstico de la enfermedad mental.

Cristina Rivera Garza explica que la mayoría de los pacientes del manicomio carecía de un soporte social al cual recurrir en caso de necesidad, es decir, veían al hospital como un vacío que éste intentaba cubrir, pues a pesar de que los pacientes eran jóvenes (la mayoría tenía entre 20 y 40 años), la mayoría no tenía familia –66.5% de las mujeres y 78.5% de los hombres eran solteros o viudos. Además, había una cantidad considerada de migrantes (64% de internos masculinos y femeninos había nacido en las provincias del país).

También explica que las mujeres se dedicaban mayoritariamente a la labor doméstica, aunque un tercio de ellas también había participado activamente en el mercado de trabajo, especialmente como sirvientas, costureras y lavanderas, mientras que aquellas que estaban registradas como desempleadas por lo regular eran prostitutas (no se reconocía este oficio como un empleo).

La variación de géneros, clases y ocupaciones entre los pacientes determinó la diversidad que papeles que desempeñó el Manicomio General en la sociedad mexicana de

inicios del siglo XX, pues para algunos era un lugar de refugio en donde encontraban comida y alguna forma de cuidado ya fuera médico o de custodia de manera gratuita, para otros, el manicomio era una oportunidad de descargar sobre el Estado el difícil y caro cuidado de familiares con afecciones mentales.

Todo esto lleva a pensar: si no habían psiquiatras como tal y el manicomio tuvo diversos papeles, ¿quiénes eran los que daban diagnóstico de que los internos tenían una enfermedad mental? Ríos destaca la importancia de las familias en la toma de decisión del encierro de algún familiar en el hospital, incluso hubo momentos en que las familias terminaron imponiéndose sobre el criterio médico, pues “se apropiaban de la institución psiquiátrica de acuerdo con sus propios intereses y necesidades. Este hecho nos permite afirmar que la internación psiquiátrica estaba precedida de una definición social y cultural de lo que era considerado como locura” (Ríos 81), es decir, lo que era considerado como anormal y era excluido de la sociedad civilizada.

De esta manera, era el entorno social quienes decían a los médicos las transgresiones que hacían urgente el encierro terapéutico. Así era como se hacían los diagnósticos, pues cuando los internos eran admitidos en el manicomio, se enfrentaban a un proceso de clasificación tanto médico como social basado en la información que ofrecían los familiares, agentes de la policía o si era posible, los pacientes mismos.

Con esto se puede ver que más que una locura o enfermedad mental, lo que realmente podría llamarse era perversión o locura moral, pues las familias vivían en un contexto en donde las instituciones (religión, educación, positivismo) imponían discursos de lo que era correcto o incorrecto, sano o no sano, siempre siguiendo las ideas del degeneracionismo y la higiene mental. Así el loco “es elegido por la sociedad. En consecuencia, el saber psiquiátrico

tiene como sustrato los referentes sociales y culturales para definir la anormalidad” (Ríos 83).

Se puede pensar que el manicomio La Castañeda fue concebido como un gran museo de la locura, donde ésta distorsionaba y obstaculizaba el funcionamiento de la mente y manifestaba las diferentes formas de anormalidad (de acuerdo a lo que dictaba la sociedad) que serían clasificadas y guardadas en bellas estanterías con la finalidad de construir un saber científico de aquellos seres que manifestaban incoherencia en el lenguaje o desequilibrio humoral expresado en los desórdenes físicos del cuerpo y ello los marginó del mundo civilizado. Sin embargo, entre ellos tenían características en común, por lo que serían analizados, pues los médicos de aquella época creían que la psiquiatría se haría científica cuando se empezara a separar a los locos que compartieran los mismos síntomas, pues “si se miran unos a otros se entiende que se miran en un espejo. Así conseguiremos evitar que se lastimen y perturben las facultades” (Ríos 78). De esta manera, la sociedad civilizada solo veía las ruinas humanas de quienes no pudieron o no quisieron vivir los beneficios de la modernidad.

Con esto concluimos que el manicomio La Castañeda es una representación de los prejuicios sociales que existían en la época del porfiriato debido al pensamiento positivista y degeneracionista. También era un experimento para la comunidad médica y científica, pues al no haber fundamentos científicos que explicaran “la anormalidad”, trataban de poner un nombre a personas que poseían características en común pero que eran diferentes a los comportamientos que dictaba la sociedad positivista y degeneracionista y no los dejaban progresar. También fue un refugio para unos y una prisión para otros, pues cubría las necesidades básicas o eran aislados quienes no encajaban en la sociedad.

Esto está claramente reflejado en la novela *Nadie me verá llorar*, pues la autora toma como referencias los prejuicios sociales, las personas más marginadas de aquella época; quienes no podían hablar ni expresarse porque eran encerrados y construye una novela histórica, de la cual haremos el respectivo análisis en el siguiente capítulo.

Capítulo III: La locura en *Nadie me verá llorar*

Nadie me verá llorar es una novela que representa del concepto de locura en la literatura mexicana y latinoamericana en el contexto histórico del porfiriato, pues refleja lo dicho hasta ahora acerca del desequilibrio mental en los personajes marginales. En esta novela la mayoría de los personajes no están cuerdos por el contexto en el que están viviendo (la higiene física y mental). El personaje principal, Matilda Burgos, representa a las mujeres que comienzan a romper las reglas de la sociedad y se convierten en locas; ya se lo dice a Joaquín Buitrago: “¿cómo se convierte uno en fotógrafo de locos?”, a lo que Joaquín le responde: “Mejor dime cómo se convierte uno en una loca” (Rivera Garza, *Nadie* 25). Desde que tiene el cambio del campo a la ciudad, Matilda comienza a tener comportamientos distintos a los que solía tener, por lo que podríamos decir que son indicios de locura que van apareciendo siempre en relación con la estructura social y el lugar que ella ocupa allí. Así, una vez que abandona la casa de su tío Marcos y entra en una serie de condiciones marginales es que comienza a aparecer la locura, convirtiéndose en prostituta y años más tarde llegando al manicomio de La Castañeda.

De esta manera, la autora de la novela, Cristina Rivera Garza le da vida a un personaje que en la realidad representa lo excluido: una mujer que rompe con el estereotipo falocéntrico

y patriarcal, pues al fin es literatura escrita por una mujer y sobre una mujer, dejando ver una escritura situada desde una posición crítica consiente de las relaciones de poder históricas y presentes. Es por esto que Matilda todo el tiempo es juzgada y etiquetada; siempre la ven como un ser moldeable y con el que pueden experimentar y, por lo tanto, debe ser encerrada, ya sea en un prostíbulo o en un manicomio.

Así, se observa que tanto Cristina Rivera Garza como Matilda Burgos rompen con las ideas patriarcales, machistas, higienistas de la época; la autora porque escribe sobre un acontecimiento mexicano importante que se supone fue un progreso científico para el país, demostrando que más bien las lógicas de ese momento histórico respondían a una serie de preocupaciones por el control social; y Matilda, pues fue libre después de salir de la casa de su tío Marcos, por eso mismo fue etiquetada de loca.

Nadie me verá llorar es una novela publicada en 1999 en donde se retrata la realidad de una época importante para México a través de la ficción. Como mencionamos anteriormente, en esta novela se explica cómo es que a través de distintos discursos se construyen las figuras de exclusión, como la prostitución y por ende la locura. En este capítulo haremos el análisis de la teoría propuesta en los dos capítulos anteriores, en donde aplicaremos los conceptos, ideologías y discursos que se han utilizado para crear términos binarios.

Es importante mencionar que este análisis es realizado bajo el contexto de que esta novela es ficción, pues los personajes con sus nombres no existen, los archivos y diagnósticos que Cristina Rivera Garza menciona en la novela no existen como tal (no son copiados), pero todo está basado en archivos reales (para realizar la historia y vida de Matilda Burgos se basó en un certificado de defunción que encontró), documentos oficiales, momentos históricos

reales, por lo que esto es lo que la convierte en una novela histórica que explica una realidad histórica mexicana.

3.1 Internos en el manicomio

En *Nadie me verá llorar* Cristina Rivera Garza se enfoca en el personaje de Matilda para explicar la construcción del concepto de locura en México, sin embargo, también menciona a otros internos del manicomio La Castañeda, esto lo hace describiendo quiénes son las personas que están ahí y los archivos en donde muestran sus comportamientos y diagnósticos, así como la manera en la que habían llegado ahí.

Así, se refleja la teoría que propone Foucault en su texto *Las palabras y las cosas*, pues dice que siempre se ha buscado la instauración de un orden de las cosas para crear conceptos de cultura, por lo tanto, alguien que habla incoherencias no entra en lo cuerdo. Esto se ve cuando el narrador describe a las personas que están en el manicomio, pues dice:

Adentro. Sus gritos y lamentos, sus cartas, sus extravagancias y su suciedad dejaron de asolar los días normales del nuevo siglo y sólo perturbaron de cuando en cuando la paz de los enfermeros, la disciplina de los comisarios y la racionalidad a toda prueba de los médicos internistas. Sus palabras desordenadas, interrumpidas a la mitad por el tartamudeo o alargadas sin descanso en desvaríos alucinados, sin embargo, llamaban a veces al animal de la duda dentro de su cabeza. ¿Y si el mundo exterior en verdad estuviera regido por los designios del diablo? ¿Y si Santiago Davis tuviera razón y el futuro no existiera y el país estuviera a punto de irse directamente al infierno? (Rivera Garza, *Nadie* 104).

Como se observa, se aplica lo que dice Foucault en cuanto al orden de las cosas, pues todo debe tener un nombre y debe ser real; el diablo de la iglesia católica no rige el mundo, y éste no se iría al infierno como tal, no en sentido literal, esto era considerado como locura en el pensamiento porfirista porque se buscaba coherencia y que todo fuera literal, además, como estaban seguros de que el país progresaría de forma positiva, no tomaban en cuenta que los proyectos podrían fracasar. Esto se refleja cuando Joaquín Buitrago, fotógrafo de Matilda Burgos y quien se obsesiona con ella y por saber su historia, sale con sus colegas y él debate discusiones que siempre perdía, pues no estaba de acuerdo con los cambios que la ciudad estaba pasando, por lo que le decían: “–Esta ciudad está destinada a no perecer, flaco, convéncete” (Rivera Garza, *Nadie* 43).

Otro ejemplo de la búsqueda del orden de las cosas es cuando en la novela se muestra las creencias de las personas que estaban en el manicomio, por ejemplo:

Altagracia Flores de Elizalde cree que una pistola cuesta treinta mil pesos y una hacienda solo cincuenta. “Imaginación excéntrica”. Ama de casa en Aguascalientes. Esperanza Garduño cree que todo empezó con el abandono de su esposo y una conspiración familiar, pero también está convencida de que la pérdida de la razón y de la mitad del paladar se debe a la brujería y al socialismo.

Pedro Santa Ana le escribe cartas a Plutarco Elías Calles para criticar la anarquía gubernamental que domina la nación. Entre cada una le escribe también poemas al diablo y a Dios (Rivera Garza, *Nadie* 251).

Esto es un reflejo de que muchas personas que estaban en el manicomio eran supuestamente incoherentes por el simple hecho de estar en contra del gobierno y de los

cambios que estaba pasando la nación, es decir, estaban encerrados por no estar de acuerdo con el pensamiento positivista y tener comportamientos contrarios a lo que este establecía.

De esta manera, en la novela también está reflejado el texto de Foucault *El orden del discurso*, pues los discursos impuestos llevaban a la población a obedecer las reglas y hacer buenos ciudadanos. Esto se ve cuando Matilda llega a la capital y se encuentra con su tío, quien se encargará de ella, en el momento en que se presenta él le dice: Nos vamos a llevar muy bien. Verás. Vamos a hacer de ti una buena ciudadana.

Por lo tanto, los que no eran considerados buenos ciudadanos eran los que estaban encerrados. Esto también se explica cuando el narrador está dando el contexto en el que trabaja el doctor Eduardo Oligochea, quien es el doctor que da los diagnósticos a los enfermos:

Los expedientes. Hay muchos casos de epilepsia, alcoholismo y neurosífilis, cuya irrevocabilidad biológica no deja dudas. Pero hay otros, muchos más, cuyos síntomas anómalos y únicos se prestan a la tentación de las nuevas clasificaciones y a la lucubración científica de los expertos. En manos del doctor Oligochea, condiciones descritas como accesos de locura moral en mujeres pervertidas o jovencitas desobedientes de finales del siglo se transforman, dependiendo de la agudeza de los síntomas, en casos de histeria o principios de esquizofrenia que a su vez corresponden, junto con los delirios, las neurosis y las psicosis, a la plétora de enfermedades constitucionales. En claro contraste con la toxicomanía y los problemas relacionados con la menstruación, que son padecimientos mentales adquiridos (Rivera Garza, *Nadie* 111).

Lo dicho complementa los textos de Foucault mencionados anteriormente, pues, como explica, las instituciones crearon discursos políticos y experimentos científicos que decían quién estaba cuerdo y quién estaba loco, quién era un buen ciudadano y quién debía estar encerrado, y, como se observa, eran las mujeres quienes eran más diagnosticadas de manera prejuiciosa. De esta manera, en la novela las personas que no seguían los comportamientos reglamentados eran catalogadas como locas.

Las citas mencionadas anteriormente también complementan lo que estableció Foucault respecto al discurso del loco, pues se observa que dejaban a las personas expresarse y decir lo que quisieran, pero encerrados en un lugar fuera de la sociedad, por lo tanto, se observa que su palabra no tiene valor ni importancia. Por otro lado, analizando el libro y los discursos en esta época, se concluye que las personas que hablaban incoherencias podrían enunciar una verdad oculta: ¿por qué no pensar que se fue al infierno de manera metafórica? ¿Por qué no era verdad que existían anarquías políticas? ¿Por qué no pensar que a causa del socialismo o del capitalismo hubo presión para las personas por cambiar y no supieron o no quisieron actuar de la manera en que las instituciones dictaban?

De esta manera, los discursos de las personas del manicomio La Castañeda (en el libro y en la realidad histórica) tienen algo –o mucha– razón, pero debido a la mentalidad higienista no era tomado en cuenta, por lo que las personas que enuncian dichos discursos se convierten en figuras de exclusión.

Así es como en la novela también se ve reflejada la oposición entre el discurso verdadero y el discurso falso, pues, según el contexto de la época, el discurso del doctor Oligochea y sus colegas era el discurso verdadero, ya que, como se observa, a pesar de que también había pacientes diagnosticados de locura moral, él trataba de darle una explicación científica, por lo tanto, quienes daban los discursos de locura era el gobierno y los doctores,

(discurso político y científico), esto lo explica el narrador de la novela, en donde dice: “Ya desde 1917, mientras otros argüían la viabilidad de la nueva Constitución y el peligro rampante de la reciente ley de relaciones familiares que autorizaba el divorcio y ponía en peligro la base misma de la familia, un grupo misterioso de médicos se reunía al margen de los grandes foros públicos para poner en orden el lenguaje de la psiquiatría” (Rivera Garza, *Nadie* 111). También se menciona lo que era aprobado y lo que tenía por nombre de padecimientos. El doctor Oligochea estudiaba por horas hasta llegar a sus propias conclusiones y de esta manera hacía sus propios diagnósticos, esto lo hacía porque estaba entre dos discursos diferentes, pues “los maestros con los que empezó a explorar el laberinto de la mente hablan un idioma, y los enfermos recluidos dentro de los muros de La Castañeda, otro diferente. Su tarea es traducirlos, para encontrar los puentes invisibles que van de uno a otro, y cruzarlos” (Rivera Garza, *Nadie* 112). Como se observa, este personaje se encuentra entre el discurso verdadero y el discurso falso para hacer su propio discurso verdadero y así decidir quién está loco y quién está cuerdo.

De igual manera, se refleja que los discursos están hechos para beneficio de las instituciones cuando el narrador nos dice:

Cuando hubo que volver a pensar en el futuro del país, en la formación de nuevos ciudadanos, los locos y los vagos regresaron sin dificultad alguna a los aposentos de las discusiones intelectuales, los salones de clase y la política. Las imágenes de sus rostros desencajados, el olor de su ropa sucia y el abismo de sus vidas se convirtieron en materia de amena conversación entre legos y especialistas. Bastaba una mención del futuro de la ciudad, del futuro del país, para dejar crecer a voluntad las sombras de los desharrapados en su imaginación en blanco. Su peligro les producía terror y

placer a la par. El terror de verse amenazados y el placer de saberse distintos (Rivera Garza, *Nadie* 117).

Como se observa, esta narración representa lo que pasaba en la época del porfiriato, donde las instituciones solo querían hacer buenos ciudadanos para beneficiarse de ello y quienes no entraban en esta categoría eran vistos de manera prejuiciosa, provocando su exclusión.

La cita mencionada anteriormente también refleja la afirmación de Foucault; el discurso es aceptado únicamente si cumple con sus normas y ésta ve que está cualificado para hacerlo, pues no aceptaban a discursos de personas que tuvieran rostros desencajados, olor de su ropa sucia y vidas descontroladas. Esto también se ve reflejado cuando el narrador describe a Joaquín Buitrago, pues dice:

Si no fuera por la blancura de su piel y sus rasgos, seguramente la gente lo evitaría en las banquetas. A pesar de todo y sin desearlo siquiera, Joaquín nunca pudo ocultar su porte aristocrático y la apariencia de poseer propiedades y dinero. Esa apariencia y una hostilidad desdeñosa acabaron protegiéndolo de los inoportunos acosos de los policías o los médicos. A pesar de las similitudes, los ojos adiestrados de los policías no podían asociar su figura con la de los viciosos o criminales; siempre llegaban a la conclusión de que Joaquín era otro de esos porfiristas nostálgicos venidos a menos (Rivera Garza, *Nadie* 32).

Aquí se puede ver que los médicos y los políticos tenían ciertas normas de apariencia para que los discursos de las personas fueran validados en su disciplina, pues si no eran de esa apariencia eran excluidos.

Otra perspectiva en la que se refleja la afirmación de Foucault es el doctor Oligochea, pues es quien cumplía las normas de la apariencia (siempre presentable, bien vestido, bien peinado y con un comportamiento adecuado), además, por su preparación y dedicación a la medicina, su discurso era aceptado y le permitían dar su propio diagnóstico.

3.2 La locura de Matilda desde el psicoanálisis

Matilda Burgos es la protagonista de la novela Nadie me verá llorar; la novela cuenta con dos tiempos: el presente y el pasado, el presente efectivo es cuando ella está en el manicomio y Joaquín Buitrago indaga sobre el pasado de la protagonista, pues se pregunta cómo pasó de ser prostituta a ser una “loca”. A lo largo de la narración se hacen analepsis, en donde a través de los recuerdos de los protagonistas (Joaquín Buitrago, el doctor Oligochea), se vuelve al pasado, principalmente al de Matilda Burgos, pues cuenta la historia de su vida que la llevó a convertirse en “loca” a Joaquín Buitrago, quien es la única persona que le cree el discurso de su vida.

En la novela se narra que Matilda era originaria de Papantla, Veracruz, un pueblo que era totalmente diferente a la ciudad de México; desde sus paisajes arquitectónicos hasta sus costumbres. Tuvo que dejar su lugar de origen debido a la muerte de su padre y a que su madre se iba a quedar sin recursos para cuidarla, por lo que decidieron enviarla con su tío Marcos Burgos, quien había dejado Papantla (lugar de donde era su familia) para ser médico y convertirse en un ciudadano civilizado. Él trabajaba en un hospital en donde atendió toda clase de enfermos, en donde llegó a la conclusión de que “todas las patologías estaban directamente relacionadas con la falta de higiene tanto física como mental de populacho. Si

el régimen en verdad creía en el orden y el progreso, sostenía, tendría que empezar por hacer de la higiene no un derecho si no un deber ciudadano” (Rivera Garza, *Nadie* 134). Este pensamiento lo comenzaron a inculcar los médicos y los políticos a las familias y ellas empezaron a interpretar las cosas de manera heterogénea, es decir, como una mezcla entre la relación de higiene-civilización.

De esta manera, la vida de Matilda tuvo un cambio repentino y se volvió rutinaria, ya que estuvo atravesada por la higiene como ideología, con horarios y organización para todo: para su educación desde casa, ayudar en la limpieza de la casa de su tío, hora para su higiene personal, para sus clases de piano, para alimentarse, así como para que le explicaran los hábitos que debía tener una mujer civilizada. Todo volvió a cambiar cuando Matilda, después de tener un día productivo, entró a su cuarto a preparar las cosas del día siguiente y se percató de que hay un hombre a los pies de su cama que fue baleado. Ella decide ayudarlo y salvarlo; le hace una cirugía como puede y lo deja dormir ahí hasta que se recupere. Esto podría considerarse como el primer acto de rebeldía de Matilda, porque debió haber pedido auxilio o hablado a su tío, sin embargo, ella sintió compasión por el joven y lo escondió con ella sin que nadie se diera cuenta. De esta manera, esto también podríamos considerarlo como el inicio de la locura de Matilda, pues los discursos del joven llamado Cástulo la hacen reflexionar sobre lo que está haciendo en la casa de Marcos Burgos.

Es así como comienza a reflejarse el discurso de los locos, pues mientras Matilda cuidó a Cástulo, éste la mandó a que avisara que estaba bien con Diamantina Vicario, una mujer de cuarenta años que tocaba el piano y estaba en contra de la dictadura del porfiriato y hacía reuniones en su casa para actualizarse sobre las noticias y criticar las ideas de Porfirio Díaz. Matilda caminó hasta la casa de ella y quedó intrigada con ella tras haberla conocido.

Así fue como la protagonista comenzó a recorrer la ciudad de México para conocerla más, hasta que un día estaba sentada viendo una fuente y una señora se le acercó y la asustó tras haberle dicho que iba a terminar rota, entonces Matilda corrió sin destino alguno y se perdió. En ese momento llegó con un grupo de personas que estaba enloquecido y hacían alboroto. “El alboroto que le ensordece los oídos también le devuelve algo de paz. Entre el calor de sus cuerpos, Matilda no se siente amenazada sino protegida. Su cara es como la de los demás. Piel oscura, frentes estrechas, mandíbulas y orejas grandes. Involución. Pronto, una ola de energía la hace saltar y levantar los brazos junto con todos los demás” (Rivera Garza, *Nadie* 155). En este grupo también estaba Cástulo y Diamantina Vicario.

Como se observa, Matilda se sintió identificada con las personas que describe el narrador como símbolo de involución, es decir, comenzó a identificarse con los discursos de la subversión, pues el motivo del alboroto era organizarse para combatir la injusticia que recibían estas personas, ya que estaban recibiendo un salario muy bajo por largas jornadas laborales, a lo que Cástulo decía: “ –Esto, como podrán ver, es toda una injusticia– [...] y eso sin contar que hay otros que, como Matilda aquí presente, apenas ganan veinte centavos diarios en la esclavitud más acérrima” (Rivera Garza, *Nadie* 157).

Este discurso para los porfiristas/higienistas era considerado como discurso demente debido a que ellos creían justo el salario que les estaban dando a los proletariados y que era bueno que los mantuvieran productivos para que no pensarán en vicios. Además, dio inicio al concepto de locura al ser discursos en contra de los explotadores, es decir, discursos que, según la ideología, eran falsos.

Así es como hubo un cambio en la forma de pensar de Matilda y, por lo tanto, comenzó a sentirse aún más incómoda con la vida que llevaba con su tío Marcos, además, estaba la intriga que sentía por Diamantina Vicario; tenía tanto interés en ella y en lo que

hacía que quiso juntarse con ella, con Cástulo y con su círculo social poniendo de pretexto que tomaría clases de piano con ella. Después de que su tío Marcos fuera a ver la casa de Diamantina para percatarse de que tuviera un orden y de que era una persona civilizada, él aceptó que su sobrina tomara las clases con ella. De esta manera, además de aprender a tocar el piano, Matilda comenzó a asistir a las reuniones y escuchar los discursos sobre huelgas; vio que hacían papeletas y panfletos y se desaparecían por días, quizá para hacer marchas o para ser partícipe de las huelgas.

De este modo, la protagonista se fue identificando cada vez más con los discursos y acciones que le decían sus compañeros, hasta que un día Cástulo dijo: “La diferencia, damita, es que yo creo que los frutos del trabajo tienen que quedar en nuestras manos. Nosotros podemos hacernos de todo esto; sólo nosotros, los que sabemos, los que trabajamos, podemos llevar el país hacia adelante. Hacia el porvenir” (Rivera Garza, *Nadie* 163). Con ello, Matilda decidió abandonar la casa de su tío.

Con esto se refleja la teoría de Cooper acerca del discurso del loco y la revolución que lleva a la locura, además de las crisis que tuvo Matilda con su “familia”, que la llevó a abandonar los buenos modales y a tener un cambio radical en su vida. Esto podría considerarse el inicio de la locura de la protagonista.

Desde el discurso del psicoanálisis, podemos decir que la protagonista pasó por cambios y encierros que la llevaron a ser diagnosticada con esquizofrenia al final de su vida. Esto lo vamos analizar en las siguientes páginas, pues también se refleja lo mencionado por Cooper respecto a volver al lugar en donde los “locos” se sienten identificados, donde nadie los juzga y pueden ser libres.

Así, podemos decir que Matilda está reprimiendo sus emociones al momento en el que decide aceptar las buenas costumbres que su tío le estaba inculcando, pues no se sentía

identificada con ellas, no se sentía parte de algo hasta que conoció a Cástulo y Diamantina, pues cuando se perdió e interactuó con ellos y su entorno tuvo una descarga de excitaciones en el mundo exterior; en ese momento reflexionó si su acción de seguir ahí era buena o mala, por lo que decidió que estaba bien y comenzó a gritar junto a las demás personas. Es por ello que, de acuerdo a este discurso, comenzó los cambios de los pensamientos de ella, todo lo que tenía reprimido lo hizo consciente hasta que quiso formar parte del entorno de Cástulo y Diamantina.

Matilda por fin comienza a sentirse libre e identificada en cuanto decide su libertad, aunque no tenga con quién vivir, aunque no se haya llevado nada de los lujos que tenía con su tío Marcos; lo único que se lleva es lo que le recuerda a su natal Papantla, piensa que esto es lo correcto tras darse cuenta de las acciones del gobierno y de su tío:

El 7 de enero de 1907 llegaron las noticias de Río Blanco. Diamantina Vicario no regresó. La Gran Causa. Cadáveres en exhibición. Marcos Burgos aplaudió las medidas drásticas empleadas por el presidente Díaz para proteger el futuro, las buenas costumbres, la soberanía de la nación. Frente al espejo de su cuarto, Matilda cortó sus trenzas en dos. Luego, sin despedirse, abandonó la casa. Lo único que se llevó consigo fueron sus tres vainas de vainilla ya secas, sin olor. El sustantivo que Marcos utilizó para describir las acciones de su sobrina fue el de ingratitud pero, sabiendo que ésa era su derrota personal, nunca lo hizo en público (Rivera Garza, *Nadie* 165).

De esta manera, Matilda dejó su parte reprimida de lado, ya que creía que esa acción era correcta para ella, también le hizo caso a su instinto de seguir a las personas que estaban en contra del cambio del país, de la higiene mental, de las injusticias, de la civilización.

Lo mencionado nos lleva a analizar la relación de Matilda con sus padres, es decir, a su infancia. El narrador cuenta que el papá de Matilda era alcohólico adicto al aguardiente, mientras que su mamá era aficionada a la poesía en francés y a los placeres de la carne. Con ellos la protagonista creció en el campo y lo único que conocía era la naturaleza, sin embargo, ambos padres estaban sumergidos en sus asuntos y la dejaban hacer lo que quisiera, aunque ella era una niña tranquila y obediente. Después de ver a su padre tantas veces borracho, sumergido en sus problemas del alcohol debido a las injusticias que sufrían por parte del gobierno (le quitaron sus tierras a su familia, así como a más personas del pueblo. Su hermano, Marcos Burgos logró irse de Papantla para “ser civilizado” mientras él se quedó ahí) Matilda “ya amaba a su padre con desesperanza” (Rivera Garza, *Nadie* 83).

Un día festivo en Papantla, cuando los famosos voladores iban a hacer su danza, la mamá de Matilda (llamada Prudencia) se dio cuenta de que su esposo estaba en lo más alto del palo por el que danzan, él estaba danzando como loco y “a pleno pulmón, repetía las imprecaciones que la familia y la comunidad papanteca sólo le habían escuchado en momentos más tórridos de su dipsomanía. El gobierno tenía la culpa de todo. El beneficio tenía la culpa de todo. La avaricia tenía la culpa de todo. Las compañías de petróleo tenían la culpa de todo” (Rivera Garza, *Nadie* 87). Cuando bajó del palo, el señor estaba manchado de vómito y orines, culpando al gobierno y dando agresivas incursiones, hasta que logró calmarse y quedarse profundamente dormido. El doctor de la villa le dio un diagnóstico de delirium tremens al verlo, pues creía que estaba teniendo alucinaciones por lo que decía. En cuanto este doctor se dio cuenta de la precaria situación en la que vivía la familia Burgos y de la afición de su madre por el alcohol, él le recomendó a Prudencia que buscara casa a sus hijos, por lo que envió a Matilda a la ciudad de México, nunca volvió a ver a sus padres ni a su hermano. Así fue como cambió la historia de su vida.

Como se observa, Matilda en su infancia estuvo sola únicamente observando lo que hacían sus padres sin comprenderlo, por lo que no sabía lo que eran las reglas, buenas costumbres ni cómo ser “buena” ciudadana. De esta manera, el cambio del campo a la ciudad, la diferencia entre la forma de vida de sus padres y de su tío le generó ansiedad y pérdida de identidad. Cabe mencionar que Matilda tenía 15 años cuando llegó a la ciudad.

Con esto se deduce que el cambio de experiencias hace que Matilda en determinado momento se pierda, pero en cuanto conoce a Cástulo y Diamantina recuerda sus raíces y quién es, así es como deja de reprimirse, de seguir las buenas reglas, y comienza a decidir por ella misma, ya que toda su vida le habían impuesto qué debía hacer y tomaban decisiones por ella. También se deduce que Matilda vivió los cambios que conllevaba su decisión de no ser civilizada, por lo que tuvo experiencias que la llevaron a convertirse en una “loca”.

Como se observa, Matilda toda su vida vivió bajo los cambios que el gobierno estaba haciendo en todo el país, por lo que vivió alrededor de la frustración que esto provocó a la gente escasos recursos como ella, y cuando vivió con su tío no se sintió feliz ni parte de algo, simplemente estaba viviendo algo que no quería. Su vida cambió cuando abandonó la casa de su tío y ahí fue donde volvió a vivir las injusticias del gobierno, que fue las que la llevaron al manicomio. Esto se verá en las siguientes páginas.

3.3 La locura de Matilda desde la sociedad mexicana

Como mencionamos anteriormente, muchos de los internos del manicomio *La Castañeda* estaban encerrados en base a discursos higienistas y eran personas de escasos recursos. También hemos mencionado que Matilda Burgos es el personaje principal de la novela que

sufre cambios constantes en su vida que la convirtieron en una loca. ¿Qué la llevó exactamente? En cuanto Matilda decidió abandonar la casa de su tío Marcos Burgos, ella comenzó a vivir la vida que la mayoría de personas con escasos recursos vivió en la época del porfiriato, en donde tuvo experiencias que la llevaron a que la consideraran como una loca.

Matilda le cuenta a Joaquín que en cuanto abandonó la casa de su tío caminó sin rumbo y sin memoria, cuando no había nadie se echaba a correr hasta que se quedaba sin aire y muy cansada: “Durmió en plazas, bajo los pórticos de las puertas traseras de las iglesias. Nadie la vio llorar. La ciudad, que había sido un animal vigoroso, de repente perdió todo su brío” (Rivera Garza, *Nadie* 171). Hasta que un día fue encontrada por Cástulo sentada frente al piano de Diamantina, como una estatua, Cástulo la cargó y se la llevó al cuarto de Diamantina para atenderla como ella lo había hecho una vez con él. “Cástulo tiró a la basura sus enaguas manchadas de excremento y orina. Luego desinfectó con yodo los rasguñones, enrojecidos unos y vueltos costra otros, en sus piernas, en sus brazos, su cuello y mejillas. El cuerpo de Matilda parecía un terreno cruzado por zanjas recién abiertas” (Rivera Garza, *Nadie* 171). Esto refleja que, a pesar de que en la ciudad existían cambios (principalmente mentales) en el estilo de vida de las personas; no todos tuvieron acceso al supuesto progreso porfirista. Matilda pudo tener ese cambio, pues vio grandes edificios, convivió con muchos doctores que creían en la ciencia y la higiene mental, vivió en una zona bonita, en una casa civilizada, aprendió a leer y escribir (vivió la escuela positivista), sus tíos tenían dinero suficiente para mantenerla, iban a la iglesia. Pero como mencionamos anteriormente, nunca se sintió identificada con ellos, por eso dejó de reprimirse y comenzó a vivir la vida de los marginados.

Esto refleja lo que mencionamos en el segundo capítulo acerca de los avances que tuvo el país mexicano en la época porfirista, pero también los fracasos, pues había gente como Matilda, que fue afectada porque toda su vida vivió injusticias del gobierno, por eso se hicieron las huelgas, manifestaciones, y también por eso estas personas fueron encerradas en prostíbulos, prisiones o manicomios.

Una vez que Matilda fue curada buscó trabajo en las textileras y consiguió como operaria en una de las líneas de producción de la cigarrera El Buen Tono, ahí ganaba treinta y cinco centavos al día por doce horas diarias. Fue aquí en donde por primera vez ella se hizo sociable por necesidad “para sobrevivir en la ciudad de México a los veintidós años, una muchacha sola dependía de la bondad ajena y de la caridad” (Rivera Garza, *Nadie* 174). Esta explotación era lo que representaba el orden y el progreso según el pensamiento positivista, pues si los ciudadanos se mantenían ocupados en trabajos iban a estar alejados de vicios y de todo lo que les hiciera mal, así iban a tener una mente sana y limpia. Aquí se refleja lo que pensaba Barreda sobre seguir las leyes naturales a través del orden y el progreso y que las libertades eran inútiles para un país que apenas está comenzando a avanzar, es decir, aquí se refleja la “dictadura honrada” y la moral positiva.

Debido a que Matilda fue aceptada en su trabajo de manera positiva, ella pudo adaptarse a su nueva situación rápidamente y con buen humor; fue tan querida que una de sus compañeras de trabajo le alquiló un catre en un rincón en su cuarto de vecindad.

La protagonista tenía hábitos diferentes a sus compañeras: daba los buenos días y se aseaba a diario antes de las seis de la mañana aunque no hubiera jabón. Cuando los hijos de la señora que le alquilaba el catre (llamada Esther) se enfermaban, ella sabía perfectamente lo que debían tomar, les leía los periódicos que se encontraba tirados por la calle, y cuando logró rescatar una pizarra de la basura, les enseñaba a dibujar las vocales y a unir las hasta

formar palabras. De esta manera Matilda se fue dando a conocer por la vecindad hasta el punto en el que los vecinos llevaban a sus niños con fiebre, “maridos en pleno delirium tremens y nueras con fracturas. Matilda, tal como había visto hacerlo al tío Marcos, les tocaba la frente, les tomaba el pulso y, a falta de estetoscopio, acercaba su oído al pecho. Luego, sabiendo que las medicinas de patente estaban fuera de su alcance, les recomendaba tés, ungüentos o simple fe en Dios entre sonrisas y palabras alentadoras” (Rivera Garza, *Nadie* 175).

Como se observa, Matilda fue una salvadora en medio del caos que vivían las personas pobres, pues las ayudó con lo que aprendió de su tío. Además, estas personas preferían a ella que a los médicos profesionales y los hospitales porque “para ellos esos lugares eran más de perdición que de salud y los doctores tenían reputación de policías” (Rivera Garza, *Nadie* 175).

Con lo mencionado anteriormente (principalmente lo último) se refleja la teoría de Comte en donde menciona que la ciencia y la moral se juntaban para tener un control mental y moral, pues a los pobres no les gustaba sentirse juzgados o escuchar el discurso moralista-higienista que les iban a dar los doctores para que mejoraran física y mentalmente. Por eso Matilda se convierte en una especie de heroína: ella no juzga ni da lecciones de moral, simplemente cura los síntomas físicos sin darle importancia a la mentalidad, además de enseñar a los niños sin tener la intención de moralizarlos, simplemente porque es un hábito que adquirió y lo quiso compartir a los hijos de Esther.

Paralelo a esto, con los hábitos que Matilda tenía se demuestra la importancia de la higiene que tenía la sociedad porfirista, pues sus colegas no tenían estos hábitos, además eran personas libres, pues en las fiestas que hacían en honor a los santos las risas eran de libertad. “Por unas cuantas horas se olvidaban del horario, de sus quejas, de los milagros que le pedían

a Dios. En la atmósfera saturada por el humo de los cigarrillos Buen tono y por el aroma del alcohol barato se respiraba sobresalto, la urgencia de apresurar el gozo, la compañía” (Rivera Garza, *Nadie* 176). Estas celebraciones la protagonista no las iba a tener mientras estuviera con su tío Marcos, pues las reuniones a las que asistía a ella le parecían aburridas y sentía que no encajaba ahí: “La felicidad de Matilda consistía en compartir su vida con la clase de gente de la cual le había hablado Diamantina. Su gente. Era fácil imaginarla ahí, moviéndose entre los niños y los hombres como si se tratara de su familia, haciendo preguntas acerca de sus sueldos, las condiciones de trabajo” (Rivera Garza, *Nadie* 176).

Como se observa, estas personas (principalmente Matilda) no estaban dispuestas a seguir las normas de la sociedad, no querían comportarse como la moral establecía y tampoco estaban interesadas en adquirir los hábitos que Matilda tenía, ellos simplemente disfrutaban siendo libres y hablando de su horrible situación laboral. Con esto se afirma el surgimiento de los términos binarios limpio/sucio, civilizado/primitivo, loco/cuerdo.

Matilda y el narrador cuentan que las largas horas de pie ocasionaban venas varicosas, dolores crónicos de espalda: “El ambiente cerrado de la fábrica les producía con mucha frecuencia afecciones pulmonares sin remedio [...] Las mortificaciones morales también dejaban su huella. Algunas sufrían de tics faciales y accesos incontrolables de llanto, mientras que otras eran presas del tartamudeo y de la melancolía” (Rivera Garza, *Nadie* 177). Aquí podemos observar las consecuencias de este pensamiento higienista y “civilizado”, pues quienes las pagaban eran los obreros y las personas de escasos recursos.

Una de las víctimas de esta situación fue Esther, la compañera de Matilda; falleció después de desmayarse y convulsionar debido al excesivo trabajo, Matilda la llevó al hospital pero los doctores la desahucieron y la dejaron morir. Por ocupar su día auxiliando a Esther, la protagonista se quedó sin trabajo y tenía que cuidar a los hijos de su amiga, por lo que la

única opción que le quedó fue la prostitución. Aquí es en donde se va esclareciendo su “locura”.

Lo mencionado anteriormente simboliza lo dicho por Olivier Toledo sobre los temas que se tocaron en el Congreso Internacional de Higiene, pues sí se buscaba limpiar y prevenir enfermedades como el cólera, sin embargo, esto no era suficiente para que las personas pudieran sobrevivir, ya que la explotación laboral que sufrían los pobres provocaba muertes. De esta manera, en México no solo había mortalidad infantil, si no también mortalidad y enfermedades graves en los trabajadores de clase baja, en su mayoría.

3.3.1 La prostitución de Matilda como enfermedad y locura

Como mencionamos anteriormente, Matilda se metió a la prostitución porque tenía la necesidad de cuidar de los hijos de Esther, pues ella se quedó al cargo de ellos. Ella no era el único personaje que había entrado a la prostitución por necesidad; el narrador cuenta que el doce por ciento de mujeres entre quince y treinta años de edad eran o habían sido prostitutas alguna vez en su vida. Muchas eran huérfanas solteras, aunque también habían viudas, casadas y con hijos. “Habían sido sirvientas, costureras, lavanderas, operarias y vendedoras ambulantes, cuyos salarios difícilmente rebasaban los veinticinco centavos diarios” (Rivera Garza, *Nadie* 177). Muchas de ellas tenían que responder preguntas en su registro, entre estas por qué estaban ahí. Lo que Matilda decidió contar fue que había sido seducida por un estudiante de leyes, la había abandonado y fue expulsada de la casa paterna. Muchas mujeres contaban la misma historia debido a la fama que tenía la novela *Santa* (la autora hace referencia a esta novela).

El narrador también nos cuenta que hubo diferentes perspectivas desde las cuales fueron vistas las prostitutas, algunas eran positivas, principalmente por parte de los poetas, los escultores y los pintores, mientras que

Los médicos y los licenciados crearon el primer reglamento de prostitución para defenderse de su peligro y establecer las reglas del juego de los cuerpos. Hubo muchos en contra. Otros a favor. Las discusiones se llevaron a cabo en el foro de las revistas médicas, en la muda oscuridad de los memorándum y los pasillos estrechos de los palacios de justicia. [...] Los hombres de buena posición, padres de familia y profesionistas de reconocido prestigio que, desde el principio estuvieron en contra de la tácita aceptación de la prostitución presente en el reglamento, aducían que éste terminaría provocando incontrolables epidemias de sífilis. Admitir el ejercicio de la prostitución, además, conduciría a hombres y mujeres a la ruina. A los primeros por legitimar su degeneración moral, y a las segundas por no tener un trabajo honrado (Rivera Garza, *Nadie* 169).

Lo anterior representa la higiene sociológica que propuso el doctor José Lobato, principalmente la propuesta profiláctica, pues las instituciones y las personas que tenían poder (como el tío Marcos, quien iba a la iglesia, vivía económicamente estable, era civilizado; tenía todo para higienizar la vida y sobre todo la mente de Matilda) eran quienes buscaban la prevención de enfermedades venéreas como la sífilis y el contagio de la degeneración moral, así como demostraban la preocupación de que las mujeres se dedicaran a este oficio, pues iban a ser etiquetadas de deshonradas y perversas. Es decir, las instituciones querían el buen desarrollo mental, físico e intelectual, de esta manera las personas tendrían un buen desarrollo moral.

Con lo mencionado anteriormente sobre las personas de clases altas también se refleja que la higiene se expandió desde los espacios públicos a los espacios privados, pues después de que los médicos y el Estado dijeron que la prostitución podría traer contagios de enfermedades, el patriarcado de la alta sociedad se hizo los prejuicios de “las consecuencias” que podría traer ejercerla, por lo que no estuvieron de acuerdo en que se aceptara este oficio. También se confirma que la higiene era una ideología más que una práctica de salud y que se centra en la urbanización del país, pues al tener pensamientos prejuiciosos, sin conocer a las personas, y al venir de grupos de poder, se construye la marginación y exclusión de las personas que no ponían en práctica lo establecido tanto física como mentalmente, por lo que son llamadas criminales, locos o, en el caso de las mujeres, histéricas o pervertidas sexuales.

Matilda empezó ejerciendo en casas de citas sin licencia; en estas casas estaban “las insometidas”, pues eran prostitutas clandestinas que ejercían su oficio sin registro previo y sin pagar las cuotas prescritas, por lo general trabajaban en burdeles sin licencia oficial o en diferentes hoteles en donde los oficiales de policía no acudían a poner el orden. Matilda decidió ser insometida porque cuando ella hizo de la prostitución su oficio, “sólo las muy atolondradas o francamente estúpidas, como Santa⁵, acudían al registro y pasaban por la humillación del examen médico” (Rivera Garza, *Nadie* 170).

Como se observa, incluso en la prostitución se tenía que obedecer reglas para evitar que el trabajo se saliera de control, es decir, también en este oficio tenía que haber higiene, pues se aprobó bajo ciertas condiciones debido a que el doctor Manuel Alfaro, quien era artífice de la nueva legislación usó los argumentos de los médicos y los hombres de clase alta para promover la tolerancia social, de esta manera, “la prostitución se planteó como un mal

⁵ Referencia a la novela naturalista/positivista de Federico Gamboa.

necesario” (Rivera Garza, *Nadie* 169). Con esto se demuestra la redefinición del concepto del cuerpo y los cuidados que debía tener.

Matilda, así, no quiere pasar la vergüenza de los exámenes médicos porque después de inscribirse en el registro oficial y pasar por un examen médico, las matronas pagarían a las autoridades cuotas de ocho, cinco y tres pesos mensuales por cada pupila de primera, segunda y tercera clase, respectivamente. Las aisladas, por su parte, aportarían cuotas de diez, cinco y dos pesos de acuerdo, igualmente, con su clase. Una vez registrada, la pupila recibía su libreta oficial en la cual, además de nombre, número de identificación y la certificación médica, se incluía su fotografía. Si los médicos de la Inspección de Sanidad descubrían indicios de enfermedad, la pupila era enviada al hospital Morelos antes de liberar su libreta. Los agentes de policía se hacían cargo de todo lo demás. Ellos eran los que, después de espiar a las parejas clandestinas que entraban a hoteles de paso, empezaban sus reportes con la fórmula consabida: Una mujer regularmente vestida, un hombre desconocido. Ellos conducían los procesos burocráticos y también estaban a cargo de proteger a como diera ligar la salud y el orden públicos (Rivera Garza, *Nadie* 169-170).

Con esta cita se refleja la relación entre sujeto y Estado, pues como se observa, se tenía un extremo cuidado con el cuerpo de las mujeres, en el caso de Matilda, decidió hacer una noción de sí misma sobre su cuerpo sin obedecer al Estado, es decir, decidió decidir sobre sí misma, esto se refleja desde deshacerse de los hábitos que le enseñó su tío de bañarse en las mañanas hasta no querer realizarse exámenes médicos ni someterse a los cuidados que el Estado establecía.

Lo mencionado anteriormente podría considerarse como locura en Matilda, pues se estaba rebelando ante el Estado en cuanto a su cuerpo, ya que no respetaba lo que estaba dictado por el gobierno y el Estado, es decir, ella pertenecía al grupo de los que tenían actitudes irremediabiles, pues en el pasado no la hicieron cambiar de opinión (no se adaptó a las costumbres que le inculcó su tío) y tampoco pensaba cambiar de opinión en su presente.

Con lo mencionado anteriormente también se observa los mecanismos de prevención que propone Olivier, así como la teoría del degeneracionismo, pues los degeneracionistas creían que las enfermedades mentales (como la prostitución) solo podían ser controladas mediante medidas preventivas, es decir, los degeneracionistas en la novela era la élite de hombres de clase alta, el Estado y los médicos. También refleja lo establecido por Rosalina Estrada, quien dice que para ejercer la prostitución se debía cumplir con una serie de identificación e introspección médica.

En el prostíbulo Matilda hizo amigas rápidamente, quienes le enseñaron a pintarse los ojos y la boca, a tomar precauciones con los policías y ladrones y a sentarse en baños de vinagre después de cada cliente para evitar infecciones. Aquí fue donde Matilda por primera vez aprendió a fumar y tomar bebidas alcohólicas (con moderación). Por la forma en la que trataba a los clientes se ganó el apodo de “la Diablesa”. El narrador nos cuenta que en el burdel las personas que provocaban la presencia de policías generalmente eran los borrachos. Un día el lugar se llenó de estudiantes de medicina, cuando de repente salió un muchacho de una habitación medio vestido, quejándose a gritos de que la muchacha a la que le había pagado por media hora de sexo le estaba negando sus servicios. La mujer con la que el muchacho estaba dijo que él estaba exigiendo otros servicios por el mismo precio, a lo que ella se negó; cuando terminó de decir esto ella lo agarró a golpes a él. Debido a esto aparecen dos agentes de inspección, primero sacando del lugar a los estudiantes y después intentando

llevarse presa a la prostituta. Es en este momento cuando Matilda intervino y les dijo un discurso improvisado sobre la justicia, sus derechos laborales y la falta de compasión. Las carcajadas de uno de los agentes hicieron enojar a la muchacha que anteriormente estaba con el estudiante, por lo que tomó una silla y se la rompió en la cabeza al agente. El otro agente sacó una pistola y encañonó a la muchacha. A lo que Matilda valientemente dijo: “—Si lo haces, todas te matamos aquí y luego te levantamos un acta en el ministerio público por homicidio” (Rivera Garza, *Nadie* 180). Así fue como los policías por primera vez se enfrentaron a la rebelión de un prostíbulo y decidieron irse.

Más tarde, gracias a las rencillas entre las autoridades del Distrito Federal y las autoridades de la Inspección de Sanidad, la demanda de dos rebeldes se registró en los libros oficiales [...] Ligia Morales, alias ‘la Diamantina’, se quejó oficialmente del exceso de fuerza utilizada por el agente Gregorio Uribe cuando éste, de manera ilegal trató de llevársela presa. Como prueba, incluía un certificado médico donde constaba una fractura de brazo, rasguños y un ataque de nervios (Rivera Garza, *Nadie* 182).

Con esto los agentes aseguraban que las insométicas eran cada vez más arrogantes y groseras. Matilda y la Diamantina sabían que a pesar de la demanda ellas estarían libres si hacían su promesa de la regeneración, es decir, si prometían comportarse mejor y seguir el reglamento. Así, estas mujeres fueron vistas como “mujeres fuera de la ley, criminales perdidas” (Rivera Garza, *Nadie* 183).

Lo mencionado anteriormente es un reflejo de todo lo que establecía la teoría del degeneracionismo, pues se buscaba tener un orden y un reglamento con fines de moralización social, y si no obedecían y ejercían la prostitución sin seguir sus normas, las mujeres eran

catalogadas de mujeres fuera de ley y criminales perdidas, es decir, eran excluidas y degeneradas, pues contaminaban la limpia sociedad burguesa.

Todo lo que hemos mencionado de Matilda, desde que se metió a trabajar a la cigarrera en donde era explotada hasta cómo era su vida en la prostitución, es una representación del degeneracionismo, pues ella y los suyos eran explotados a cambio de poca remuneración hasta llegar a enfermarse y, en casos más graves, morir, debido a que querían sacar o distraerlos de lo que los degeneracionistas denominaban malas condiciones que los llevaban a la locura, por lo que eran encerrados. En el caso de Matilda, fue encerrada en el prostíbulo, pues a pesar de que podía salir a pasear y hablar de la injusticia, el Estado y los médicos no la tomaban en serio, por lo que para ser tomada en cuenta como una ciudadana tenía que adaptarse al dios de la modernidad.

También se refleja lo mencionado por Rafael de Zayas Enríquez sobre el degenerado, pues vemos que Matilda era una persona tranquila, pero cuando se trataba de la injusticia ella levantaba la voz para hacer justicia, incluso llegaba a amenazar a las autoridades, por lo que se ve que expresaba la cólera, la ira y la rabia con gran intensidad (según el psicoanálisis).

Matilda se hizo amiga de La Diamantina (quien le recordaba a Diamantina Vicario, la mujer por quien comenzó a cuestionarse su vida con su tío Marcos); salía a recorrer la ciudad con ella y se sentía libre, “fuera de la cárcel de los Burgos y fuera también de la salita de Mesones, de la vecindad de Balderas, las calles se convirtieron en su única casa y el cielo azul de la ciudad de México en su único techo. Así descubrió su verdadera patria” (Rivera Garza, *Nadie* 184). Matilda y La Diamantina se hicieron tan cercanas que antes de empezar a trabajar ensayaban pasos de baile juntas que pronto se convirtió en una puesta en escena, La Diamantina propuso llamar a la pieza *El abrazo de la sífilis*, pero Matilda prefirió llamarlo *Enfermedad*. De esta manera algunos clientes comenzaron a llegar más temprano para

observar la puesta. Uno de los clientes les ofreció sus servicios de pintor sin costo alguno a cambio de servicios igualmente gratuito, a lo que las muchachas aceptaron. Esto es importante mencionarlo por la ironía que presenta el nombre de la pieza que hacían La Diamantina y Matilda, pues en la época del porfiriato se buscaba prevenir la sífilis, como lo menciona Rosalina Estrada, esta enfermedad daba temor a las personas, pues muchas veces el tratamiento no era efectivo y las pacientes morían por esta enfermedad.

Así fue como el pintor ayudó en las presentaciones que ellas hacían hasta que decidieron hacer una parodia de *Santa*, la cual provocó risas y aplausos en el público. De esta manera, el pintor invitó al dueño de una casa de citas llamada *La Modernidad* a que apreciara el espectáculo de las muchachas, él quedó fascinado e inmediatamente se las llevó con él a su casa.

La Modernidad era una casa de apariencia normal, “nada en su fachada tradicional sugería que dentro de sus paredes de cantera y detrás de sus balcones de hierro forjado se viviera en otro mundo” (Rivera Garza, *Nadie* 187), sin embargo, el interior sí tenía referencias sexuales, además era un lugar elegante y con decoraciones exóticas, por lo que daba a entender que ese lugar era un burdel para personas de “clase alta”. En dicha casa Matilda y La Diamantina seguían haciendo sus presentaciones, tuvieron tanto éxito que las ganancias en el lugar se duplicaron.

A partir de las 10 de la noche empezaban a llegar los burócratas de alto rango siempre en busca de algo para combatir el aburrimiento cotidiano; los inversionistas extranjeros con deseos genuinos de probar algo realmente mexicano; los directores de teatro; los poetas hartos de largas noches solitarias y cisnes blancos; las vedetes de moda; los arquitectos recién llegados de París; los generales con ánimos de algo tan fuerte como una batalla; los pintores de renombre aficionados al éter; los matrimonios

de clase pudiente, dominados por el deseo de transgredir las normas. Todos aplaudían por igual. Todos, a partir de las diez de la noche, sentían que eran parte de otra sociedad (Rivera Garza, *Nadie* 189).

Aquí se observa lo que establece Foucault en *Historia de la sexualidad*, pues la sociedad establecía que la sexualidad únicamente era reconocida en la alcoba de los padres, mientras que en La Modernidad era libre y sin prejuicios, sin fines de reproducción, simplemente disfrutar del placer. Con esto se confirma que la sexualidad era un discurso controlado de poder, pues, exteriormente a esta casa el narrador la describe como una “casa nodina”, es decir, una casa sin importancia, pero en el interior se podía vivir la sexualidad como la gente quisiera, incluso la alta sociedad que estaba en contra de la prostitución asistía a este lugar para transgredir las normas. Así se refleja que las instituciones incitan, almacenan y controlan lo que se establece y también se ve la doble moral de la alta sociedad, pues primero dicen que no están de acuerdo porque la prostitución desmoraliza a las personas y después buscan transgredir estas normas queriendo tener nuevas experiencias yendo a los lugares “prohibidos”.

También se confirma el encierro de aquellas personas que no eran parte de la sociedad porfirista, pues el narrador dice que todas las personas que asistían a La Modernidad sentían que era parte de otra sociedad, es decir, las personas encerradas son excluidas y son otra sociedad, no pueden pertenecer a la misma sociedad civilizada.

Todo lo que hemos mencionado en este apartado es una representación de lo dicho por Rosalina Estrada respecto a que los espacios para ejercer la prostitución era burdeles, cabarets u hoteles restringidos y cubiertos por cortinas que no permitieran que se viera el

exterior, pues aparentemente *La Modernidad* era una casa bonita común y corriente, pero por dentro ya era un lugar en donde se podía disfrutar la sexualidad sin prejuicios.

También observamos que Matilda se la pasaba en las noches en burdeles y cuando salía de ahí tenía que cambiarse y desmaquillarse para ver a los hijos de Esther y formar parte de la sociedad y no ser juzgada por la élite porfirista, por lo que se refleja que se restringía el paso por la ciudad de las mujeres dedicadas a la prostitución (por su forma de vestir) para no provocar a quienes pasaban.

Hasta aquí podemos observar por qué la prostitución de Matilda fue locura; ella ejercía este oficio sin la sumisión y sin el miedo a la autoridad, además, se burlaba de *Santa*, la novela en donde hacen ver a la prostitución como algo malo, cuando Matilda disfrutaba ejercer su sexualidad, lo hacía sin prejuicios y sin miedos, por lo que su comportamiento era inmoral, además, fumaba marihuana y cigarro, bebía alcohol y hacía bailes cada vez más eróticos con La Diamantina en *La Modernidad*, es decir, en *La Modernidad* Matilda tenía comportamientos o desbordamientos sexuales y era un mal visual perteneciente a la urbe organizada para todo placer carnal.

Matilda tuvo el final de su gran vida cuando La Diamantina conoció a un hombre que era “El Jarameño” de *Santa*, es decir, se enamoró de él y se fue con él. Tiempo después Matilda también conoció a Paul Kamáck, un ingeniero de Estados Unidos (en esos días abundaban en México muchos extranjeros que ayudaban a identificar minas o construir fábricas) quien la sacó del prostíbulo y se la llevó a vivir con él a San Luis Potosí. A partir de aquí cambió aún más su vida, pues se fueron a vivir cerca de las ruinas de Real de Catorce, una mina que fue explotada al grado que no quedó nada de ella. Ahí vivieron muchos años hasta que Paul fue perdiendo esperanzas y cayó en depresión debido a que nunca pudo recuperar nada de la mina, por lo que decidió dejar a Matilda y dejarse morir en una

explosión. Al ver esto, Matilda hizo sus maletas y quemó la casa que había compartido con Paul, quedándose sentada en una roca observando las llamaradas.

3.3.2 Matilda en el Manicomio *La Castañeda*

Tres días después de estar sentada en la roca en la que observaba las llamaradas de su casa mientras desenredaba unos hilos de una tela de seda que Paul le había regalado para conquistarla, Matilda volvió en sí y se dio cuenta de que estaba en un hospital, después se le acercó una mujer vestida de blanco y le dijo que estaba en un convento de San Luis Potosí. Matilda insegura dice que vivió diez años en una casa de adobe por la fracción de Camposanto con su esposo ingeniero, hijo de húngaros de apellido Kamáck, a lo que los interlocutores le dijeron que en Camposanto no había vivido nadie desde antes de la revolución. Matilda pide regresar a la Ciudad de México y no volver a San Luis Potosí, por lo que le hacen preguntas como:

-¿Quién es el presidente de la República?

-No sé – contesta después de buscar la respuesta infructuosamente.

-¿Cuántos años tienes?

-Veinticuatro – contesta sin atinar.

-¿Cuántos son dos más dos?

-Cuatro. – Esa respuesta le otorga su libertad (Rivera Garza, *Nadie* 217-218).

Fue así como Matilda pudo volver a la ciudad de México. Como se observa, ella estuvo mucho tiempo en aislamiento (básicamente toda su vida estuvo así, encerrada), por lo

que perdió incluso conocimiento de ella misma, pues la vida con Paul se hizo muy rutinaria, sin importancia de los días y sin el ritmo y estilo de vida que llevaban las personas de la ciudad, pues prácticamente vivía en un desierto con su pareja.

En la novela no narran con exactitud cómo es que Matilda llegó al Manicomio; puede ser que la hayan enviado al hospital psiquiátrico desde San Luis Potosí, pues a ese lugar llegaban personas de cualquier parte del país, o puede ser que haya vuelto a la prostitución y, debido a que no le quiso hacer favores sexuales a un soldado fue llevada a prisión y de ahí al manicomio, pues el diagnóstico cuando llega a *La Castañeda* es el siguiente:

Matilda Burgos L. Papantla, Veracruz, 1885. Sin profesión. Soltera. Católica. Constitución regular. Desarrollo precoz durante la niñez. Padre alcohólico y madre asesinada. Chancros sifilíticos. Bubas. Placas en el labio inferior. Eterismo. Prueba de Wasserman negativa.

La interna es sarcástica y grosera. Habla demasiado. Hace discursos incoherentes e interminables acerca de su pasado. Se describe a sí misma como una mujer hermosa y educada, la reina de ciertos congales y numerosas orgías. Dice que trabajaba como artista en la compañía del Teatro Fábregas y en la ópera de Bonesi. Sufre de una imaginación excéntrica y tiene una tendencia clara a inventar historias que nunca se cansa de contar. Pasa de un asunto a otro sin parar. Proclividad a usar términos rebuscados a los cuales pretende dar otro significado. Explica su encierro como consecuencia de la venganza de un grupo de soldados que pidieron sus favores sexuales en la calle. Debido al odio que siente por los soldados se negó y así fue como la mandaron a la cárcel. Logorrea. Muestra exceso de movilidad. Sentido afectivo disminuido. Anomalía de su sentido moral.

Locura moral. Libre e indigente. Tranquilas. Primera sección (Rivera Garza, *Nadie* 117-118).

El narrador nos explica que el *Manicomio La Castañeda* tiene veinticinco edificios diseminados y protegidos por altos muros y rejas de hierro. “El manicomio es una ciudad de juguete. Tiene garitas, calles, enfermerías, cárceles, viviendas” (Rivera Garza, *Nadie* 45). Además, como hemos mencionado anteriormente, la mayoría de las personas que habitaban allí eran de clase baja e ignoradas en la sociedad: mujeres, poetas, mecánicos, anarquistas que han renunciado a la violencia; aunque también estaban los que eran enviados por sus familias debido a que no obedecían a la sociedad. El narrador dice que en ese lugar el dolor nunca se acaba.

En este lugar Matilda tiene la costumbre de tronarse los nudillos, cosa que hacía cuando estaba con su tío Marcos por la ansiedad que le causaba el tener que comportarse como él dictaba. También es distraída; suele chocar contra las ventanas, las sillas y los muebles, pareciera que le costaba trabajo fijar su atención en los objetos del mundo “pero por donde quiera que camina lleva toda la luz del manicomio sobre la cabeza” (Rivera Garza, *Nadie* 34).

Esto lo nota Joaquín Buitrago, quien la fotografía en el Manicomio y recuerda que también la había fotografiado en el burdel, por lo que se obsesiona con la historia de su vida y le intriga cómo llegó hasta ahí. Así es como comienza la novela; cuando va a fotografiar al manicomio y se encuentra con Matilda, ella le pregunta “¿cómo se convierte uno en fotógrafo de locos?” a lo que él responde: “Mejor dime cómo se convierte uno en una loca” (Rivera Garza, *Nadie* 25). Así se ve que Joaquín recordó quién era Matilda, por eso su obsesión con ella; muchos años después se la encontró en el Manicomio como interna.

Además de lo mencionado anteriormente, cuando Joaquín se le acerca a Matilda nota que ella se dirige a los médicos y enfermeras, raras veces a él. “Se queja del país. Tiene la costumbre de usar la palabra mierda. ‘Manicomio de mierda’. ‘Mierda de mundo’. ‘Todo esto ha sido una gran mierda’. La mayoría de las veces, sin embargo, sólo pide que la dejen en paz” (Rivera Garza, *Nadie* 34).

También menciona que las pocas charlas que tiene carecen de sentido y repentinamente se escapa a mitad de la conversación y luego se confunde entre las otras internas. A veces a Joaquín le da la impresión de que la protagonista no sabe dónde se encuentra. Matilda no hace el intento de escapar del lugar a pesar de que escucha los gritos y las quejas de los internos. Tiempo después Joaquín se lleva a Matilda a su cuarto y ahí es donde ella le cuenta la historia de su vida; todo lo mencionado anteriormente; su infancia, la prostitución, su vida con Paul, todo se lo platica a Joaquín, quien la escucha atentamente y cree en todas sus palabras. Es la única persona que no la toma como una loca.

Matilda tiene la oportunidad de salir del manicomio cuando Joaquín se la lleva a una de las casas que él heredó por parte de sus padres y que nadie la habitaba. Mientras está haciendo los trámites para adquirir dicha herencia, él la presenta como su esposa; Matilda se queda sorprendida en lo dicho por Joaquín, pues

Las miradas masculinas la han perseguido toda la vida. Con deseo o con exhaustividad, animados por la lujuria o por el afán científico, los ojos de los hombres han visto, medido y evaluado su cuerpo primero, y después su mente, hasta el hartazgo. En la luz húmeda de julio, lo único que desea es volverse invisible. Su sueño es pasar inadvertida. Por eso no dice en voz alta lo que está pensando: ‘Yo no soy esposa de nadie, Joaquín’ (Rivera Garza, *Nadie* 244).

Con esto nos damos cuenta de que Matilda estaba harta de ser un experimento para los hombres, tanto sexual, como social, científico o médico, lo único que ella quería era que la dejaran en paz por el resto de su vida, pues, aunque tomó decisiones por ella misma, el patriarcado la perseguía todo el tiempo, lo vemos en el aspecto moral, sexual y científico.

Lo mencionado en este capítulo refleja lo dicho anteriormente sobre el Manicomio la Castañeda, desde la descripción del hospital hasta el motivo por el que se construyó este hospital: para encerrar a quienes no formaban parte del nuevo orden social.

También podemos ver que el doctor Eduardo Oligochea no era un psiquiatra como tal, sino un doctor en busca de explicaciones científicas que daba sus diagnósticos de acuerdo a su poca experiencia que tenía y a su propia teoría, pues no olvidemos que también era autodidacta. Este doctor solo estaba en el manicomio porque quería irse del país a estudiar aún más la ciencia, por lo que este lugar era una buena opción para abrir puertas a su camino. Esto confirma lo dicho por Rivera Garza sobre los doctores que en la Castañeda terminaban una especialización en el área. También confirma el cuestionamiento sobre cómo se realizaban los diagnósticos sobre quiénes eran aptos para la sociedad y quiénes no.

Al inicio de este apartado escribimos la historia clínica de Matilda, en donde se menciona los síntomas de la interna, su diagnóstico, su evolución y más adelante se mencionará los resultados de su autopsia. Como observamos, el doctor Eduardo Oligochea mencionó a los padres de la paciente, y le dio el diagnóstico, por lo que se demuestra el prejuicio que se tenía de la herencia de la locura (padre alcohólico víctima del gobierno y madre asesinada porque también tenía una tendencia al alcohol) y de los discursos de las personas de este lugar, pues la diagnostica con logorrea y un exceso de imaginación para inventar y contar historias.

Con este análisis vemos que Matilda es la representación de las personas que estaban encerradas en el Manicomio La Castañeda, principalmente la mujer prostituta, quien en esa época era símbolo de perversión sexual en la sociedad y no debía ser aceptada, por lo que debía de estar encerrada, y como observamos, la protagonista toda su vida estuvo encerrada: en la casa de sus tíos, en la fábrica en la que trabajaba, en el prostíbulo, con el extranjero Paul, en el manicomio, en la casa de Joaquín y, nueva y finalmente, en el manicomio.

Después de lo que había pensado, Matilda finalmente le dijo a Joaquín “Yo no soy la esposa de nadie, Joaquín”, por lo que le siguió contando la historia de su vida en su casa,

Las palabras salen a borbotones durante sus días exaltados. No puede contenerlas ni diluirlas y, todas a la vez, la obligan a tartamudear. Algunas frases quedan inacabadas para siempre, interrumpida por la marea de otras similares. El soliloquio, de noche, es demencial. Hablar, sin embargo, la ayuda a limpiarse, a borrar las trazas de gris en la pizarra ver del mundo. Pronto no quedará nada. Pronto podrá regresar a su refugio, a ese lugar sin puertas que Eduardo Oligochea denomina locura. Una afección mental (Rivera Garza, *Nadie* 246).

En esta cita se confirma lo mencionado por Cristina Rivera Garza sobre la diversidad de papeles que desempeñó el Manicomio en la sociedad mexicana, pues Matilda tenía necesidad de contar su pasado doloroso, todo lo que sufrió sin decir que sufrió, pero había ocasiones en que era tan fuerte o tan doloroso para ella que ya no podía contarle o quería contarle para sanar y dejar atrás todo dolor, todos los treinta y seis años de vida que sufrió. Sin embargo, a pesar de esto ya no quiso ser vista por la sociedad, por lo que quiso regresar al manicomio y ahí terminar sus días; ya no quería más juicios ni sufrimiento, ni ser un

experimento para nadie, por lo que era un lugar de refugio en el que encontraba comida y alguna forma cuidado o custodia de manera gratuita.

Con Matilda y los internos también vimos que el loco es elegido por la sociedad. Por lo tanto, confirmamos que el Manicomio La Castañeda fue un gran museo de la locura en donde vivían personas que se identificaban entre ellas mismas y tenían comportamientos anormales y no civilizados, por lo que no era realmente un hospital psiquiátrico, sino un espacio en donde vivían personas excluidas que eran convertidas en experimentos científicos y sociales.

Una vez que Matilda terminó de contarle a Joaquín la historia de su vida, ella le dijo:

-Tú no eres el esposo de la vainilla [...] Nadie me puede proteger; nadie puede velar mi sueño. Yo sola hallaré la forma de escapar, Joaquín. Nadie me salvará. ¿No se da cuenta? [...]

-Déjame descansar. Quiero descansar. Nada más (Rivera Garza, *Nadie* 248-249).

Así fue como Matilda regresó al manicomio, en donde vivió el resto de su vida. Y su certificado de defunción fue igual de prejuicioso que su diagnóstico.

Certificado de defunción

Matilda Burgos.

Papantla, Veracruz, 1885.

Femenino. 73 años. Soltera.

Mexicana. Ninguna religión.

Manicomio General.

7 Septiembre 1958, 4 horas.

Hemorragia cerebral no traumática 10 días.

Hipertensión esencial 5 años.

Esquizofrenia 38 años.
Rosa María Puente Prieto
Cédula 24677 SSA 11098
Bonampak #96 Vertiz Narvarte 23-81-68
México, D.F. 7/9/58
Gustavo Abascal Exp. 6353 Manicomio General.

CONCLUSIONES

Los personajes de la novela Nadie me verá llorar son representaciones críticas de la realidad de la época: El doctor Eduardo Oligochea y el tío Marcos son la representación de los civilizados, degeneracionistas y positivistas de la época. Mientras que la mayoría de los personajes, Joaquín Buitrago, los internos, Cástulo, Diamantina, la Diamantina, los padres de Matilda, son representación de los excluidos, fruto del discurso positivista, degeneracionista y del psicoanálisis, sobre todo.

Matilda Burgos cumplió toda la teoría que expusimos en los primeros dos capítulos: representó la figura de la loca en la literatura latinoamericana; alzó la voz por las mujeres y rompió con el discurso patriarcal tanto de autores como de personajes literarios latinoamericanos a través de sus discursos, de las decisiones que tomaba y de los comportamientos que tenía, pues la trama y los discursos de la protagonista giran en torno a un grupo que aún sigue siendo figura de exclusión: el de la mujer.

También Matilda cumplió con el discurso prejuicioso del psicoanálisis y otros saberes hegemónicos. Esto nos da a entender que el psicoanálisis estaba lleno de prejuicios sobre la

mujer y que su discurso fue un gran influyente en la creación de oposiciones binarias y figuras de exclusión.

La vida de Matilda en la sociedad fue lo contrario a todo lo que Foucault criticó en sus diferentes textos: tenía que haber un orden en la sociedad, el discurso de la sexualidad era controlado por las instituciones, los discursos de éstas establecían una relación de poder entre el gobierno y la sociedad, las mujeres tenían que seguir ciertos patrones de comportamiento y, como vimos Matilda, no cumplió nada de lo que decían los discursos del autor, solo se dejó llevar por lo que sentía y lo que se le presentaba en su camino de vida.

Como Foucault, revisamos cómo siempre se ha buscado un control y un orden social, y si no eras parte de este control te convertías/conviertes en una figura de exclusión no civilizada y sin derecho a formar parte de la sociedad.

También la vida de Matilda fue en contra de la teoría degeneracionista, positivista e higienista, pues decidió no ser civilizada y ser una loca moral. Con esto también se comprueba los prejuicios de estas teorías, pues la protagonista fue tachada de esquizofrénica y loca moral debido a que decidió abandonar la civilización y vivir su vida de acuerdo a lo que la hacía sentir identificada.

Mencionado esto podemos concluir que Matilda Burgos realmente no estaba loca, simplemente tenía comportamientos que no supo cómo afrontar debido a que no quería que alguien la viera como alguien débil, pues cuando llegó a la capital ella se propuso que “Nadie me verá llorar”, por lo que su única forma de afrontar las difíciles situaciones era quedándose en shock por mucho tiempo; tronándose los nudillos; contando sus vivencias que los demás

(excepto Joaquín) tomaban como historias inverosímiles debido a sus prejuicios, hablando mucho; limpiando donde veía sucio.

De esta manera se confirma la hipótesis que realizamos al inicio de este trabajo: las condiciones de Matilda de inmigrante, de pobre, de mujer, le asignan la etiqueta de “loca”, padeciendo las exclusiones y violencias propias de los internos del manicomio (en la sociedad), a través de los discursos del psicoanálisis, de la locura en la literatura (principalmente latinoamericana), de la ideología de la higiene en la época porfirista, de la teoría del degeneracionismo y el positivismo; con ello podemos decir que más que una locura científica, Matilda padece una locura moral.

Además, en la novela no mencionan con exactitud el motivo por el que Matilda fue llevada al Manicomio; hay hipótesis, pero no una afirmación, por lo que podemos concluir que esto refleja que las personas que iban al Manicomio La Castañeda muchas veces no tenían motivo o diagnóstico verdaderamente médico o científico que confirmaran que no eran aptos para vivir en la sociedad porque eran peligrosos, por lo que se ve que este lugar fue el reflejo del fracaso del porfiriato, pues a pesar de que hubo avances, no se logró hacer la civilización que tanto deseaban los higienistas, degeneracionistas y positivistas.

Finalmente, concluimos que *Nadie me verá llorar* es una novela que explica muy bien la otredad del porfiriato, pues mientras muchos textos dicen que esta época fue beneficiosa para la sociedad, Cristina Rivera Garza nos dice que no fue así para todos, especialmente para las mujeres, ya que Matilda Burgos es la representación de la figura de exclusión.

Por lo tanto, al querer escribir sobre este personaje, Cristina Rivera Garza también rompió con el discurso patriarcal literario porfirista que se nos había venido presentando a lo

largo de la historia, convirtiendo a su texto en una novela histórica que relató lo que muchos vivieron y no contaron en una época tan importante de la historia mexicana, y solo quedaron plasmadas sus propias palabras en diagnósticos que fueron realizados por personas prejuiciosas.

Bibliografía

Ávila, Raúl, Eduardo de Jesús Castellanos, María del Pilar Hernández. “Porfirio Díaz y el Derecho. Balance crítico”. *El positivismo, paradigma del régimen positivista*. Ciudad de México: Alta Impresión, 2015. Impreso.

Becerra, Omar. “La salud mental en México, una perspectiva, histórica, jurídica y bioética”. *Persona y Bioética* 18.2 (2014): 238-253. Impreso

Cooper, David. *El lenguaje de la locura*. Trad. Alicia Ramón García. Barcelona: Ariel, 1979. Impreso.

Estrada, Rosalina. “Control sanitario o control social: la reglamentación prostibularia en el Porfiriato”. *Bol Mex His Fil Med* 5.2 (2002): 21-25. Impreso.

Foucault, Michel. *Defender la sociedad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2000. Impreso.

----. *Historia de la sexualidad I. La Voluntad de Saber*. Trad. Ulises Guiñazú, Ciudad de México: Siglo veintiuno editores, 1998. Impreso.

----. “La literatura y la locura”. Trad. Emmanuel Chamorro. *Dorsal. Revista de Estudios Foucaultianos*.1 (2016): 93-105. Impreso.

----. *El orden del discurso*. Trad. Alberto González Troyano, Buenos Aires: Tusquets Editores, 1973. Impreso.

----. *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. Trad. Elsa Cecilia Frost, Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 1968. Impreso.

Frías, Miguel. “La transformación porfirista del país bajo el estandarte del positivismo”.

Actas: Revista de Historia 12 (2013): 4-15. Impreso.

Navia, Carmiña. *Escritoras latinoamericanas: Razón y locura*. Universidad del Valle, 2012.

Impreso.

Olivier, Carlos. “Higiene mental y prácticas corporales en el porfiriato”. *Revista Electrónica*

de Psicología Iztacala 12.2 (2009): 18-32. Impreso.

Orozco, Ricardo. “Temas médicos y sanitarios en el Porfiato”. *Bol Mex Fil Med* 5.2 (2002):

10-14. Impreso.

Platón. *Fedro*. Trad. Emilio Lledó Íñigo. Sevilla: Gredos, 2014. Impreso.

Ríos, Andrés. “Locura y encierro psiquiátrico en México: el caso del manicomio La

Castañeda, 1910”. *Antípoda* 6 (2008): 73:90. Impreso.

Rivera Garza, Cristina. *La Castañeda. Narrativas dolientes desde el Manicomio General.*

México, 1920-1930, Ciudad de México: Tusquets, 2010. Impreso.

----. *Nadie me verá llorar*, Ciudad de México: Tusquets, 2016. Impreso.

----. “Por la salud mental de la nación: vida cotidiana y Estado en el Manicomio General de

La Castañeda, México, 1910-1930”. *Revista de Historia y ciencias sociales* 51 (2001):

56-89. Tusquets

Sánchez, Elvira. “La mirada de la locura: Naves, manicomios, y delirantes en las letras

femeninas latinoamericanas”. *Cuaderno Internacional de Estudios Humanísticos*. Vol.

22 (2015): 42-52. Tusquets

Urías, Beatriz. “Degeneracionismo e higiene mental en el México posrevolucionario (1920-1940). *Frenia* 4.2 (2004): 37-67. Impreso.

Villegas, Armando, Natalia Talavera, Roberto Monroy. *Figuras del discurso. Exclusión, filosofía y política*. Cuernavaca: Bonilla Artigas Editores y UAEM, 2016. Impreso.

Ciudad Universitaria a 17 de mayo de 2022

ASUNTO: Voto aprobatorio.

**DRA. DULCE MARÍA ARIAS ATAIDE
DIRECTORA GENERAL DE SERVICIOS ESCOLARES
DE LA UAEM,
P R E S E N T E.**

Los suscritos Catedráticos se dirigen a Usted con el fin de comunicarle que, después de haber revisado la tesis titulada *La figura de la locura en la novela mexicana: El caso de Nadie me verá llorar*, que presenta la pasante de la Licenciatura en Letras Hispánicas C. ESTRADA GARCÍA DE ALBA KATHY JOCABED, consideramos que reúne los requisitos que exige un trabajo de esta especie, por lo que hacemos saber nuestro **VOTO APROBATORIO**. Teniendo como Director de tesis al Mtro. Roberto Carlos Monroy Álvarez, con la siguiente designación de jurado:

Nombre	Sinodal	Firma
Dra. Beatriz Alcubierre Moya	Presidenta	<i>Se anexa firma electrónica</i>
Mtro. Roberto Carlos Monroy Álvarez	1er. Vocal	<i>Se anexa firma electrónica</i>
Dra. Irene Catalina Fenoglio Limón	Secretaria	<i>Se anexa firma electrónica</i>
Mtro. Juan Ángel León	Suplente	<i>Se anexa firma electrónica</i>
Dr. Ismael Antonio Borunda Magallanes	Suplente	<i>Se anexa firma electrónica</i>

Atentamente
Por una humanidad culta
Una universidad de excelencia

Psic. Akschenka Parada Morán
Secretaria Ejecutiva



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL
ESTADO DE MORELOS

Se expide el presente documento firmado electrónicamente de conformidad con el ACUERDO GENERAL PARA LA CONTINUIDAD DEL FUNCIONAMIENTO DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MORELOS DURANTE LA EMERGENCIA SANITARIA PROVOCADA POR EL VIRUS SARS-COV2 (COVID-19) emitido el 27 de abril del 2020.

El presente documento cuenta con la firma electrónica UAEM del funcionario universitario competente, amparada por un certificado vigente a la fecha de su elaboración y es válido de conformidad con los LINEAMIENTOS EN MATERIA DE FIRMA ELECTRÓNICA PARA LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE ESTADO DE MORELOS emitidos el 13 de noviembre del 2019 mediante circular No. 32.

Sello electrónico

JUAN ANGEL LEON | Fecha:2022-05-18 16:32:08 | Firmante

CxL8JgtMZpETpZIF73KnByDO7+vFarcvdmeaCKRPGIEiTrmr2wLXY9jLklIUSdbkWagp6Mqkmi+jqj+MH4h6XLfgdJ/6O24zL/ALC+QiwablIxpA0Yyfgc87Hxz+vG1Oqo55ZNxtqN8+0opB0f7TTPeFbdpXcR9zX3dgDuRQmfs/p7YTT4sFcqQpldVTzzHCQlaZycF3PEZT8ubyBqBJWLkphTmfT9/RScxxADcnIKOn9d6Oetn9gVoBjTii/1j/fq3FTdDZ01nTJV9NwyJ7fjJ/rWOTdkoVhYqYnR9JXxWZIVlwHY5wdHf8R19sohCkUmW9HK/32R4tnVKEViv4F7Tg==

BEATRIZ ALCUBIERRE MOYA | Fecha:2022-05-18 18:05:25 | Firmante

k0Sb6IGPGYKH0Wr1RTOmfcXKNAVCihGRHPnWdE/TARK1TkrigAYg4m9isL4XXLFYMSUvpecHmzkCYEYZUGmfnNJ43wUiWNSD6DbRz8AXEUhnuzxpMfpAoZXYQ+KgK/BidIxeZsr9DsTFQyzGfKfPXDbCZLIhM+MShLDurtYnX+AROWuaa/U5hiaAUKuVJQ2N49Hwe+mkvhl5Pn13/Uuuu9nXRFfumih2pP2ciEQV0PCUJ4mgN3Q+4/QoETHJa8voc3Zj/WI3NKG9yvvxjwVliiinGA/a1Juqz13YPOPwQEQLZCkh9UR8NTQn8DVeJNeQmHKA/o17YRM9Tto9g==

IRENE CATALINA FENOGLIO LIMON | Fecha:2022-05-18 19:38:47 | Firmante

F182MNI4FuS2D6N7z8+h2A6ASnlgLiFy7Y4D/YVKeELtuZpSGOsia4pdBiZUSZay3OeYsMzvi8GrkHmH0EGDu80sF8agql3SbZpYN3chJRCvGjJfNEBf45pvCqHbG0OCPzUzDOcVHI1uDN2aspCT1Zi6HDvvUu4jji9RthGl/bd+RFINvdxY5v743dLzsYyyuuEua4iSbg+K+wwVT8p6ywcWBUqOKSFChaYZF/2uICATUb5GTHPUxlgATuhb9Jpm+XRIbIC7MQjcnSxYTvh+jVKBEE0CUIiMOiLzG19T+7fHvDdbigrpjFntv9Y1qWPJGI/veQ2AAvgn+dIV31r7Yg==

ROBERTO CARLOS MONROY ALVAREZ | Fecha:2022-05-18 20:43:51 | Firmante

Bq/JPUi9SdmN91tpakb/9iykiCkChCJTKKxZCDK4zeaQN8do1A0Dd/xPfsiDk6LsZ7wRP8zSGAuW/N0rFb9rP0vHrADCf4LYmHLjM4ajd0jMlktw9QaqrVrswouXMTk3nnuZQTj1D5LS8bZWSvExNaihM7dJHINorpvC2OXqF/LPfuVdi1LcGCgwAxexZQW2DYHBpTHCqpcUXGAb03usJPMh8VDRMSVG9iPZKnuUQqyGaVi95ThY2Tszk73nwb1zF5YLKE+XggiWwxTu2Mx8KNC4Qa4UgDgXVhr4KLzbJvl56AhaLnhUeU05+gnNvO+cFmJd/nlwB8YUavnOg==

ISMAEL ANTONIO BORUNDA MAGALLANES | Fecha:2022-05-23 16:08:29 | Firmante

B2xXjxOdg2cBQRAb9manKt+E4/zD5f1a7n/Xp3G/iSh8/htAC4luQzo5C/eLH2Bd6YURGYxuvGTBbpl2SHo9dXns49+ojVFUqKtdKVBQ1wmm7tpS1J1NcZDSIYeqo1Y10NYMBuei8vtBatvCtnk+LlCp/I8W1xxh28Cr/skMp/OX99/oM2LIYU3SWQuBEAChDrS3oGNIrBb4JtvXOSz+aedbw53KBX/P/817tyFHGeWFZ//NWzzYm8pneymNw41FE44c1mmdTQ2O6jZPL0dKvX2lyu02keaPfnqunPpB0x8YEdVbK57dxEzfiZ0C4Ju9Utd+XSPPBifo6B5w==

Puede verificar la autenticidad del documento en la siguiente dirección electrónica o escaneando el código QR ingresando la siguiente clave:



eQ78NxLFo

<https://efirma.uaem.mx/noRepudio/RDuE12JEvR4YqISreKD9fmg2qmA2b6>





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL
ESTADO DE MORELOS

Se expide el presente documento firmado electrónicamente de conformidad con el ACUERDO GENERAL PARA LA CONTINUIDAD DEL FUNCIONAMIENTO DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MORELOS DURANTE LA EMERGENCIA SANITARIA PROVOCADA POR EL VIRUS SARS-COV2 (COVID-19) emitido el 27 de abril del 2020.

El presente documento cuenta con la firma electrónica UAEM del funcionario universitario competente, amparada por un certificado vigente a la fecha de su elaboración y es válido de conformidad con los LINEAMIENTOS EN MATERIA DE FIRMA ELECTRÓNICA PARA LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE ESTADO DE MORELOS emitidos el 13 de noviembre del 2019 mediante circular No. 32.

Sello electrónico

AKASCHENKA PARADA MORAN | Fecha:2022-05-24 09:37:57 | Firmante

dIKbMMaQvq/P6iBQ28Fjpn/NuQWGISW1evBmXMBuWa5QHq68VqbDEM7zhPdsdkvPUCkOex6gpl8BT+LaEVL8i/9/629aaytmAYabBx52kgDW51daJlCkaSqVZlqRPzWnrZGp
B8cPiEgr4S3r9djjM7jQmmvtkl1OkxR4ei8VF+HazM4NRm4OAm93BmGutUJ1mSXRmNnGGutodklib11zdN2LFLrAAR6vuf8fUKSUL6RhtsNGbu31lwCAw8FxiBR2siUw7S22jV6s
Vn68hx1wjl+RrjeuMOnOsPMWau+pFzrh5HRVcVCM22ihrwuWClilaW5zkUilGynvcqvYQHYNQ==

Puede verificar la autenticidad del documento en la siguiente dirección electrónica o
escaneando el código QR ingresando la siguiente clave:



[RdsqXDJEb](#)

<https://efirma.uaem.mx/noRepudio/nTh9IKAtlg8NxM0huK6wneOszyLJo1SZ>

